
121.

LOS DOS AYOS.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

EN VERSO.

TRADUCIDA P. D. F. E. C.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CALLE
DEL PRINCIPE.





CON LICENCIA EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON BENITO GARCIA Y COMPAÑIA.
AÑO DE 1808.

Se hallará en la librería de la viuda de Quiroga y Sainz, calle de las Carretas, número 9, con un completo surtido de comedias antiguas y modernas, piezas en un acto, unipersonales, saynetes y entremeses.

ACTORES.

Roberto, Ayo de......................

Juanito, niño de once años.....

Arnaldo, Ayo de......................

Alexandro, niño de doce años,

hijo de..............................

Teodora..............................

Cárlos, Oficial de Marina, su

hermano..............................

Lucrecia, criada de Teodora..

Gerardo, amigo de Arnaldo...

Tomasa, posadera....................

Un Escribano.........................

Ministros............................ } *No hablan.*

Un criado............................ }

La escena es en Paris.

ACTO PRIMERO.

El Teatro figura una sala, con una chimenea francesa, una mesa, y en ella lo que dicen los versos. A otro lado un buró, y un relox de sobremesa.

ESCENA PRIMERA.

Lucrecia sola.

Lucrec. Café con leche, biscochos,
licóres.... está dispuesto
el desayuno? no falta
sino que venga Roberto,
y creo no faltará.
En llegando á cierto tiempo
debe la muger pensar
en casarse, y para ello
tomar muy bien sus medidas.
Con este hombre nada tengo
que temer: Es un buen mozo,
y aunque sepa como diestro
disimular su carácter,
yo sé que tiene buen genio.
Piensa en casarse tan solo
por gozar del himeneo,
y no por economía.
Es amigo con extremo
de su bien estar: no hay cosa
que mas me convenga, puesto
que si el hombre solo piensa
en sus conveniencias, luego
manda en todo la muger.
Quizás aquellos sugetos
que la menor vagatela
juzgan qual jueces severos:
dirán que Roberto es
un intrigante perverso,
y no bien intencionádo;
pero distinguir debemos
las acciones por el fin
que las dirige. Roberto
pretende hacer su fortuna,
y es justo que quiera hacerlo.
Yo en su proyecto le ayudo,
y conseguido, debemos
casarnos.... A la verdad,
que casarse no teniendo
las mayores conveniencias,
no dexa de ser expuesto.
Mas qué importa? Quántos otros
se habrán casado lo mesmo?
Da el relox.
Las seis.... Si viniese pronto,
habia bastante tiempo
para hablar, ántes que nadie
despierte.... pero ya creo
que llega.

ESCENA II.

Dicha y Roberto.

Luc. Cerrad quedito *en voz baxa.*
la puerta... con mucho tiento,
no metais ruido.
Rob. Muy bien.
Vine con todo silencio
y en puntillas.
Luc. Bien hicisteis.
Vaya, pues, tomad asiento.
Rob. Hace un frio del demonio.
Luc. Pues bien: acercaos al fuego,
y arrimaremos la mesa.

Rob. Ola, qué teneis dispuesto?
Luc. Un desayuno de amigos.
Rob. Pero os privasteis del sueño
para disponerle? A bien
que en vuestros ojos al ménos
no se conoce la falta
del descanso, pues los veo
tan hermosos como siempre.
Luc. Teneis frio?
Rob. No: ya empiezo
á entrar en calor. Sabeis
que es cruel en este tiempo
levantarse tan temprano?
Ademas está tan léjos
esta sala de mi quarto,
y los callejones esos
están frios como un páramo.
Luc. Os pesa de este pequeño
mal rato? *se sientan á la mesa.*
Rob. Nunca el amor
se quexa. Lo que yo siento
es, que sea en esta sala
nuestra cita: para esto
era mejor vuestro quarto.
Luc. De veras?
Rob. Como es pequeño,
no esta tan desabrigado,
ni tampo tan expuesto
á que alguno nos sorprehenda.
Luc. Eso tampoco lo temo
en esta sala. Yo sé
lo que me hago.
Rob. Lo creo;
pero vuestro quarto tiene
un no sé qué....
Luc. Nos debemos
manejar con gran prudencia.
Si os citase á mi aposento
era imposible que alguno
no os sintiese, en el supuesto
que allí están todos los quartos
de las familias.
Rob. Así es, cierto:
veo que teneis razon.
Luc. Y Juanito?
Rob. Está durmiendo.
Luc. Y nadie os sintió venir?
Rob. Eso preguntais sabiendo
que ayer marcháron sus padres
á la quinta, y por lo mesmo
debe toda la familia
disfrutar ahora del sueño
hasta mas tarde que nunca.
Luc. Pensando yo en eso mesmo
os he citado.
Rob. Pues bien,
no hablar en vano, y tratemos
de nuestro asunto. Es preciso
que todo quede dispuesto
desde ahora.
Luc. Bien decis.
Separan la mesa y acercan las sillas.
Rob. Dos puntos tiene el proyecto,
que hemos de desempeñar
precisamente. El primero
es echar de casa el Ayo
de Alexandro, y en su puesto
hacer que venga mi hermano.
Luego que logremos esto,
lo demas está corriente.
Con que ante todo tratemos
de despedir este ayo.
Lucrec. Lo principal, en efecto,
es eso.
Rob. Arnaldo es un hombre
que con el severo aspecto
de filósofo disfraza
su mal humor, y su genío
brutal. Madama Teodora
no gusta de los sugetos
de su clase, y por lo mismo
mi hermano logrará luego
su estimacion.
Luc. Pero es fuerza
que le escribais que al momento
se presente.
Rob. Ved la carta
que le escribo, y me prometo
que va bien puesta, y le instruye
de todo.
Lucrec. Leed, que ya atiendo.
Rob. lee "Querido hermano: por mis
»anteriores habrás visto que la fortuna
»que te preparo es de las mas conside-

»bles que se nos pueden presentar, »tanto para tí como para mí. Hasta sa- »ber si convenias con mis ideas, no qui- »se explicarte el enigma."

Dice. Juzgo que os acordareis
de mis cartas, y quán diestro
me explicaba en ellas?

Luc. Sí:
su estilo fué muy discreto,
y me agradó por lo mismo.

Rob. Me lisongea en extremo
vuestra aprobacion: Oid.

Lee. "Ahora es preciso pintarte todos »los por menores de esta familia, á fin »de que te presentes en ella, pareciem- »do lo que deseamos que parezcas. Dos »familias habitan esta casa enteramen- »te separadas de quartos, de criados y »aun casi de corazon. Aunque la cabeza »de la una es hermano de la dueña de »la casa. Yo soy Ayo de un niño de on- »ce años, hijo único, y que pertenece á »una de las dos familias, de la qual no es »menerter que te diga sino que marido y »muger son dos genios bonazos, que se »dexan gobernar como uno quiere. La »cabeza de la otra familia es una viuda »de treinta y seis años, segun dice; pe- »ro de quarenta y cinco, segun parece."

Lucrec. Pudierais sin exponeros
á mentir, darla cincuenta.
Yo tengo treinta, y de cierto
sé que su edad.....

Rob. Oh! qualquiera
que os vea, dirá al momento
que vos teneis veinte años
ménos que Teodora. Vuelvo
á leer.

Luc. Sí: que ya escucho.

Rob. "Esta viudita hace quince meses »que lo es, y tiene cincuenta mil escu- »dos de caudal. Esta especie de hermo- »sura; muy capaz de suplir por la que »la negó naturaleza, ya la hubiera pro- »porcionado, (á no ser por mis precau- »ciones) un esposo, y quizas se le pro- »porcionara muy pronto, contra mi vo- »luntad, y mis intereses, sino te das »prisa á obtener su mano, tanto por tu »utilidad como por la nuestra. Digo por »la nuestra porque hay en casa una tal »Lucrecia que me interesa mucho, y »que tiene parte en este proyecto del »matrimonio, así como la tiene en todo »lo que pienso."

Disimulad si me atrevo
á nombraros en mi carta,
porque el hablar del objeto
que ama el corazon, es dulce.

Lucrec. Proseguid, que no me ofendo.

Rob. lee. "Teodora (que así se llama la »que deseamos sea tu esposa) es una se- »ñora bastante ridícula, y como la se- »mejanza que ha de haber entre tu ge- »nio y el suyo, es de la mayor conse- »qüencia, voy á decirte alguna cosa de »su carácter."

Lucrec. Esa descripcion será
muy graciosa.

Rob. Si yo acierto
á descifrar su carácter
no será por mi talento,
pues no hice mas que extractar
vuestros mismos pensamientos.

Lee. "Teodora quiere ser amada de to- »dos los hombres. Yo no sé si esto se- »rá por vanidad ó por otro motivo; lo »cierto es, que quiere ser tenida por da- »ma *sentimental*, y así tú fingirás ser »muy sentimental para agradarla. Los »que la conocen dicen que no la falta »talento, ni tampoco cierta dosis de ne- »cedad, por manera, que esto produ- »ce un término medio. Sus ideas son de- »sordenadas, y sus juicios precipitados: »escucha con la mayor admiracion á los »charlatanes: es supersticiosa hasta el »extremo, y por lo mismo capaz de creer »quanto la digan. No olvida circunstan- »cia alguna de lo que sueña. Qualquier »presagio basta á alegrarla ó entriste- »cerla. Da mucho crédito á los agueros, »y así tendrás cuidado en no presentar- »te á ella en martes, ni tampoco el dia

„13 ó 27 del mes. Serás recibido en „casa en qualidad de Ayo de su hijo Ale„xandro, que tiene doce años. En esta „ocupacion reemplazarás á un tal Arnal„do, hombre afilosofado que no agrada „á ninguno de la familia. Este ha educa„do al niño en una aldea, acostumbrán„dole á la vida filosófica. Teodora, obliga„da por nuestros consejos, los ha hecho „venir á su casa, y aunque Arnaldo no „está contento con la vida de la Corte, „y quiere marchar con su discípulo á la „Aldea, puedes creer que no le llevará „consigo, y que partirá solo ántes de „muchos dias.."

Pongo despues de este informe
los puntos que á nuestro intento
pertenecen, y le digo
que serán doce mil pesos
los que nos habrá de dar
para hacer nuestro himeneo,
mostrándose agradecido
á tal favor.

Luc. Es lo ménos
que se le puede exîgir.
Hoy es dia de correo,
y puede marchar la carta.

Rob. No me olvidaré. *se la guarda.*

Luc. Debemos
reunirnos contra Arnaldo.
Cárlos, ese hombre severo,
que siempre habla de sus viages,
es su protector. Yo creo
que debemos procurar
que se aleje lo mas presto
que se pueda de esta casa.
Teodora su hermana, veo
que le teme: es necesario
deshacernos de un sugeto
tan franco.

Rob. Feliz idea!
Mas por vuestra parte os ruego,
que como diestra intriganta,
acabeis lo que ya tengo
comenzado. Habrá diez dias
que no he dexado un momento
favorable, en que no hable
de mi hermano, y el efecto
correspondió á mi esperanza.
En varias veces he vuelto
á hablar de él, aparentando
ser casualidad, y luego
que advertí que ya mis golpes
penetraban en su pecho,
con unas medias palabras
pronunciadas á buen tiempo,
acabé mi empresa.... Es jóven...
.... Ola, jóven?...... Un sugeto
muy amable. Qué es buen mozo?
Ademas mucho talento,
un corazon muy sensible...
Esta circunstancia, creo
que la acabó de rendir,
y tanto, que ayer me acuerdo
que ella misma me habló de él
sin quererlo hacer. Os ruego
que aprovecheis la ocasion
para proseguir.

Luc. No creo
que me quedaré yo atrás.
Mas sin embargo, no debo
mostrar que estoy informada
de semejante secreto.
Teodora está prevenida:
vuestras palabras su pecho
traspasáron. Por Felipe
ella suspira en silencio.
Dexémosla que lo haga,
porque todavía no es tiempo
de socorrerla. Yo sé
quándo lo he de hacer.

Rob. Ya creo
que entendisteis mis ideas.

Luc. Del todo; pero al momento
es fuerza que os retireis
á vuestro quarto, no demos
lugar á que algun criado
suba, y os eche de ménos.
Ya sabeis que hoy cumple años
Teodora. Teneis dispuesto
su obsequio por vuestra parte?

Rob. Yo nunca olvidarme puedo
de cosa tan esencial.
Juanito sabe los versos

con que ha de felicitarla.
Luc. Me gusta. Pues id corriendo
á despertarle.
Rob. Al instante,
y despues proseguiremos
nuestra conferencia. *vase.*
Luc. Sí.
Voy á quitar todo esto
para no dexar señal
de la visita.
Entra la mesa en un quarto y abre la ventana.
.... Qué veo!
Ya es muy de dia. Jesus,
y como se pasa el tiempo!
Dentro Alexandro.
Alex. Ola, no hay algun criado?
Francisco, Jayme.
Luc. Qué es eso?
Pero ay Dios, que es Alexandro.
Sale Alexandro.
Alex. Qué, aun están todos durmiendo?
Luc. Por qué llamais? Qué sucede?
Alex. Hace media hora lo ménos
que estoy gritando, y ninguno
me responde. A nadie encuentro
en la cocina, en las salas,
y entre tanto se va haciendo
muy tarde. Serán las diez
quando salga á mi paseo.
Vaya, dadme un panecillo,
que en esta ciudad yo creo
que ahora no se encontrará
cosa alguna. Vamos presto,
dadme pan, pan.
Luc. Al instante
voy á llamar: estaos quieto.
Tira de la campanilla, y sale un criado.
Criad. Jayme, trae un panecillo
al señorito. *vase el criado.*
Alex. Corriendo,
que no me puedo esperar.
Luc. Tanta hambre teneis?
Alex. No es eso,
sino que voy á pasearme
por el campo, y así quiero
llevar pan para almorzar.
Luc. Y qué salis á paseo
tan de mañana? No veis
que hace un frio el mas intenso
y ha nevado?
Alex. Por lo mismo
estará el campo mas bello.
Se siente crugir la nieve
quando se anda. Es un contento
oir como hace cric, crac,
y ver como queda impreso
el zapato entre la nieve.
ademas de eso, yo quiero
ir á buscar unas flores
para Mamá.
Luc. Bueno es eso.
Qué flores hay entre nieve?
Alex. Muchas.
Luc. Señorito, creo
que lo habeis soñado.
Alex. No,
mil veces las ví... Qué es esto:
aun no traen el panecillo?
Vaya, me iré, que no puedo
esperar. Gerardo está
en mi quarto ha tanto tiempo.
Luc. Gerardo ha venido?
Alex. Sí.
Luc. Le abrió la puerta el portero?
Alex. Dormia como un lirón,
Pero yo estaba dispierto
y oí llamar: un golpe, dos,
tres, quatro... Salto ligero
de la cama. Voy abaxo,
me envoco en el aposento
del portero, y por mí mismo
abro á Gerardo... Ya veo
Sale el criado.
á Jayme... amigo, mil gracias.
Tomando el panecillo, y vase saltando.

ESCENA IV.

Lucrecia y luego Teodora.

Luc. No he visto mayor exceso
de locura. Va á coger

un resfriado lo ménos.
Pero quién le ha de impedir
que salga si es un diablejo
que no conoce temor?
Este lance á mis intentos
puede convenir. Quizás
Teodora encuentre pretexto
para despedir á su ayo.
Pasos parece que siento;
sí, con efecto: ella es.

Sale Teodora con un vestido como que se acaba de levantar.

Luc. Señora mia, qué es esto?
Tan temprano levantada?
Estais indispuesta? Advierto
en vuestro rostro...
Teod. No amiga,
no estoy mala.
Luc. Lo celebro.
Teod. Solo he dexado la cama.
Luc. Por qué?
Teod. Por huir del sueño.
Luc. Será que acaso soñasteis
alguna cosa.
Teod. En efecto,
tuve un sueño el mas horrible.
Un precipicio tremendo,
una posada, una mesa.
Luc. Mesa, Señora?.. Yo tiemblo.
Comistes en ella?
Teod. No.
Luc. Tanto mejor.
Teod. Todo esto
de repente se borró.
No puedo decir qué objetos
me representó mi idea.
Un desórden el mas nuevo...
Vaya, pareció un delirio,
y despues de todo, veo
que por un camino real
venía una silla, que creo
era de posta... Caballos...
y...
Luc. Señora, en ese sueño *interrump.*
visteis agua?
Teod. Me parece
que si la ví: con efecto.
Luc. Pantanosa?
Teod. Aguarda un poco...
No: muy clara, y bien me acuerdo
de que en ella habia peces.
Luc. Peces decís?
Teod. Si por cierto.
Luc. Buena señal son los peces.
Vaya, no tengais recelo,
que eso es nada.
Teod. Tú lo crees?
Luego unos gritos tremendos
me despertáron.
Luc. A fé
que esos gritos fuéron ciertos.
Alexandro dió bastantes.
Teod. Mi hijo?
Luc. Sí señora, el mesmo.
Dónde pensais que se halla
á la hora de esta?
Teod. Durmiendo
en su cama.
Luc. Os aseguro
que tiene los pies muy frescos,
pues está pisando nieve.
Teod. Pues qué salió?
Luc. Fué á paseo
por el campo.
Teod. Qué locura!
No te opusistes á ello?
Luc Puedo yo hacerlo, señora?
Teod. En el rigor del invierno
salir al amanecer
al campo?
Luc. Por el recreo
de ver quál suena la nieve
al pisarla, y queda impreso
el vestigio de los pies.
Así me ha pintado él mesmo
su diversion. Ved aquí
el fruto de los consejos
de su ayo: ó mejor dicho,
ved el pernicioso efecto
de sus lecciones.
Teod. Bien dices,
á Arnaldo yo le aborrezco.
Luc. Es un pedante insufrible.
Soberbio baxo el aspecto

de filósofo, que habla
y decide como maestro.
Teod. Y que no se dexa ver,
buscando siempre el silencio
de su quarto. No has notado
como ni aun por cumplimiento
se digna hacerme la corte?
Bien conozco que su genio
es inclinado al estudio,
y que divertido en esto
solo el retiro apetece;
pero con todo debemos
cumplir con nuestros amigos.
Luc. Si ese hombre es un grosero,
muy fantástico y brutal,
sin otros muchos defectos
que la máscara de sabio
suele encubrir. No me atrevo
á decir en este punto
todo aquello que yo entiendo.
Ademas, en este asunto
no debo hablar, y venero
aquella regla prudente
de que hablar mal no debemos
de los ausentes: con todo,
si estuviese en lugar vuestro
al punto le despidiera,
recompensando su celo
con un buen regalo, á fin
de evitar por este medio
las hablillas, cohonestando
la cosa. Luego al momento
nombraria en su lugar
uno de aquellos sugetos
de providad conocida,
político, amable, ingénuo,
sobre todo, respetable.
Un anciano...
Teod. Nada de eso.
No hija mia. Los ancianos
me disgustan. Son severos,
desagradables. Yo juzgo
conviene para el empleo
de educar la juventud
un jóven.
Luc. Sí, con efecto;
yo soy de vuestra opinion.
Los niños son por sí mesmos
alegres, y se disgustan
de un predicador eterno,
que siempre esté censurando
sus mas inocentes juegos.
Predicar y censurar
es el fuerte de los viejos.
Los niños gustan mejor
de quien como amigo tierno
los acaricia, y á veces
juega como juegan ellos.
Esto inspira confianza,
gana el corazon. Quedemos
en que un jóven es mejor
para ayo. Y aun por eso
quisiera yo que este jóven
fuese gracioso, bien hecho,
amable.
Teod. Dices muy bien.
Eso es lo que yo sostengo.
A igualdad de circunstancias
son preferibles aquellos
que tienen buena presencia.
No siempre elegir debemos
mascarones.
Luc. Y añadid,
que los jóvenes como estos
que pintamos, siempre tratan
de hacerse amables. Para ello
ya les dió naturaleza
el mas poderoso medio
en su rostro... Y por sí mismo
procuran con todo esmero
ayudarse: son amigos
de todos. Previenen diestros
sus miras, sus intenciones,
manifestando su celo
en servir á los demas.
Mirad señora el modelo
del hombre que á vuestro lado
necesitais. No uno de estos
sábios que de vos se aparte,
y que no encuentre un momento
en que se digne su ciencia
hablaros.
Teod. Sí, con efecto,
y mas en mi situacion,

pues á no ser tú, no tengo
persona de confianza
con quien hablar.
Luc. Pues si es eso,
á qué aguardais? Decidid.
Teod. Tengo deseos de hacerlo;
pero hallo ciertas razones
que se oponen. No comprehendo
como Arnaldo se ha ganado
la estimacion y el aprecio
de mi hijo: sí, Lucrecia,
yo lo ignoro; mas lo cierto
es que este niño le quiere,
y sentirá por lo mesmo
que le aparte de su lado.
Bien sabes con quanto extremo
quiero á mi hijo: y así
por lo mismo no me atrevo
á separarle de Arnaldo
por no darle el sentimiento
de privarle de un amigo.
Luc. Válgame Dios, en que tiempo
tan precioso os advierto
indecisa y detenida
por el maternal afecto!
No os critico, no señora,
todo al contrario, venero
los generosos impulsos
de ese corazon tan tierno
y amable. Pero señora,
permitidme que un momento
exâmine ese cariño
de vuestro hijo. Yo creo
que la amistad de los niños
es pura costumbre. Veo
que es tan viva y tan instable
como todos los deseos
de la infancia. En esa edad
las penas y los contentos
son de poca duracion,
y por lo mismo...
Teod. Yo encuentro
otro obstáculo, sin duda
mucho mas fuerte.
Luc. No entiendo
qual pueda ser.
Teod. Es mi hermano
Cárlos.
Luc. Sé que con extremo
aprecia á Arnaldo. Con todo,
por eso resentimiento
no me parece que...
Teod. Sí,
ese es gran impedimento
para mi resolucion.
Bien sabes que con afecto
de padre mira á Alexandro,
y este cariño protesto
que me interesa, y que hace
le respete. Por su medio
vino Arnaldo á casa, el dia
que yo le despida temo
sus serias reconvenciones.
Dime, Lucrecia, qué puedo
responderle en este caso?
El me obstiga, y si yo debo
hablarte como una amiga,
te diré que con su genio
me molesta, y quando viene
á verme, tan solo pienso
en quando se marchará.
Pero á pesar de todo esto
mi corazon le respeta
sin amarle. Si le quiero
tratar con dureza, hallo
que me queda un sentimiento
interior, y si al contrario
agrado le manifiesto
es á mi pesar. No sé
si esto lo causa su genio
ó mi carácter. Lucrecia,
explícame este misterio,
pues te digo con verdad
que libertarme deseo
de este hermano, y sin embargo,
causarle disgusto siento.
Luc. En ese punto, señora,
no quiero hablaros: mi zelo,
si digo mi parecer,
quizás se juzgue indiscreto.
Pero en fin, él es quien habla,
y no mi interes. Qué tengo
yo con que Arnaldo se vaya
ó se quede en casa? Creo

que ésta es verdad innegable.
Al mismo tiempo estoy viendo
un niño que en adelante
pudiera ser un modelo
de gracias, y está fiado
á un Pedanton indiscreto
que casi nada le enseña
sino solo los violentos
exercicios, mas conformes
á un ganapan que á un sugeto
de su clase. Yo conozco
que reemplazando este necio
ayo, con otro que fuese
mas prudente, mas discreto,
mas político, y en fin,
como pintado le habemos:
resultará la ventaja
de tener á un mismo tiempo
el niño un buen preceptor,
y vos un amigo tierno.
Un amigo, sí señora,
la delicia y embeleso
de la vida. Un hombre en fin
con quien hablar. Un sugeto
capaz de servir de guia
con sus luces y consejos
en qualquiera circunstancia.
Mas vuestro hermano á todo esto
se opone, y es necesario
abandonar el proyecto
por no causarle disgusto.
En fin, señora, tenemos
que lo que os puede ser útil
y agradable á un mismo tiempo
es una cosa muy fácil,
y hay que dexarla temiendo
á un hombre que nada importa.
Si no os determinais á hacerlo
quejaos luego de vos propia,
y no de nadie.

Teod. Es muy cierto;
pero en fin.

Luc. Arnaldo viene.

ESCENA VIII.

Dichas y Arnaldo.

Arn. Señora, á deciros vengo
que por muy justos motivos
vuestro hijo y yo no debemos
permanecer en la Corte.
Es un sistema completo
este de la educacion,
y que debe por lo mesmo
comenzarse y concluirse,
siempre una linea siguiendo.
Es sumamente importante...

Teod. Aguardad, que yo no encuentro
que haya ninguna razon
para esta partida, y veo
como cosa muy extraña
separar á un niño tierno
de los brazos de su madre
para educarle.

Arn. No intento
que os separeis de su vista.
Acompañadnos al pueblo
donde los dos residimos.
Me lisonjeareis viniendo
con nosotros, y tendreis
gran gusto al ver los progresos
que hace vuestro amado hijo.
Pero señora, yo debo
explicarme con franqueza.
Paris me enfada. Yo quiero
una poblacion que sea
mas vasta, y al mismo tiempo
mas estrecha. Esto es decir,
mas vasta para el imperio
de la gran naturaleza,
mas estrecha para el necio
trato de la sociedad.
En esta Corte no encuentro
sino artificios é intriegas,
nada simple y verdadero,
nada natural, y en fin,
de mi discípulo debo
establecer las ideas.
¿Y sobre qué fundamento
puedo en la Corte formarlas

quando todos sus exemplos
contradicen mis lecciones?
Disimulad, soy ingénuo:
quizás os hablo un lenguaje
que no escuchasteis, y siento...
disgustaros: sin embargo,
señora, no puedo ménos
de usarle á pesar de todo.

Luc. Sea en buen hora: no podemos
culpar vuestra ingenuidad.
Quizás no comprehenderemos
vuestras sublimes ideas;
pero mi ama este momento
escucha solo las veces
de su corazon, y oyendo
los sentimientos de madre:
os anuncia por mi medio
que ella reside en Paris,
y que por ningun pretesto
quiere apartarse de su hijo
á quien ama con extremo.
Esta es su resolucion,
vos á conseqüencia de ello
hareis lo que os acomode.

Arn. Mirad señora...

Teod. Qué tengo
que mirar? Que de mi lado
se aparta un hijo á quien quiero
con el extremo mayor,
para llevarle á un desierto,
y educarle entre los bosques?
Arnaldo, yo no consiento
que se aparte de mi vista:
yo quiero verle, deseo
me acompañe á todas partes.
Decid, qué conocimientos
puede adquirir en la aldea?
Nunca dos dias enteros
estoy en ella, sin verme
devorada por el tédio.
Quedaos Arnaldo en Paris,
donde encontrareis mil medios
para que mi hijo se instruya,
y divierta á un mismo tiempo.
No quiero que se acostumbre
al exercicio grosero
de un gayan. Todo al contrario,
deseo que salga diestro
en las cosas de la Corte.
Quiero buscarle un maestro
de bayle. Sin duda alguna
le será mas útil esto,
que pasar entre las yervas
todo el dia: verse expuesto
á mil peligros, y en fin,
os digo que yo no apruebo
le aconsejeis se pasee
en el rigor del invierno
pisando nieve. Presumo
que me entendeis, y no tengo
nada que añadir. *vas. con Lucrecia.*

Arn. Sí: bien,
lo he entendido. Solo siento
que sobre el pobre Alexandro
recaerá todo esto. *vase.*

ACTO II.

La misma decoracion que en el acto antecedente.

ESCENA PRIMERA.

Arnaldo solo.

Arn. Aunque inútil considero
una tentativa nueva
emprehenderla es necesario.
Qué perspectiva funesta
se me ofrece! A quáles manos
van á fiar la inocencia
de Alexandro! Qué la absurda
preocupacion hoy queda
triunfante! Quándo será
que al error la verdad venza?
Pero á pesar del disgusto,
á pesar de la tristeza
que me inspira este suceso,
la ridícula cadena
de errores que ante mis ojos
el universo presenta,
me hace reir de compasion.
Quiere uno que su hijo sea
capáz de sobrepasar

á los héroes de la Grecia,
y para darle este lustre
á un hombre vil encomienda
su educacion. Allí veo
un niño que se atarea
revolviendo muchos libros,
que ni mover puede apénas,
y siguiendo los preceptos
de su director, se esfuerza
en pasar á su cerebro
las novedades agenas,
haciendo que en adelante
ni pensar pueda siquiera
un momento por sí mismo.
Mas allá se me presenta
una víctima infeliz
del pedantismo, que espera
el azote de su maestro,
y que aborrece las ciencias,
no sin razon, pues no coge
flor que con sangre no riega.
Entre tan varios errores
dispuso la providencia
que me cupiese educar
un niño de la mas bella
índole: sensible, dócil,
adornado de las prendas
mejores: en fin, perfecto,
qual todos quizás lo fueran
si fuese su primer maestro
sola la naturaleza.
Y este niño, este discípulo
de mí le apartan. Por fuerza
quieren que viva en Paris
por la ridícula idea
de darle un maestro de bayle.
Pero quizás esto sea
un capricho que tal vez
pasará: si yo pudiera
persuadir y convencer
á su madre? Será fuerza
intentarlo por lo ménos;
pero Gerardo se acerca.

ESCENA II.

Dicho y Gerardo.

Ger. Amigo, qué gran paseo
hemos dado. Estaba fresca
la mañana que era un gusto.
Por fin, ya estamos de vuelta,
y vuestro amado discípulo
alegre sobre manera,
porque trae un ramillete
para su madre. Es de yerva
y no de flores, pero él
le juzga mucho mas bello
que las rosas. Si le vieseis
con qué placer y destreza
salta un barranco. Para él
no hay obstáculos. Se trepa
por todas partes: registra
aun las plantas mas pequeñas,
es vivo, curioso, en fin,
jamás en inaccion dexa
ni su cuerpo ni su alma.
A qualquier hora se encuentra
dispuesto á todo. Me admira
su robustez en tan tierna
edad. Quando se cansó
de andar, sacó con presteza
un gran pedazo de pan,
y le comió con la mesma
delicia que un buen vizcocho.
Se quitó de la cabeza
el sombrero, cogió en él
agua, y se puso á beberla
como si bebiese leche.
Vaya, este niño demuestra
que en siendo grande, será
capáz de qualquier empresa.
Mas qué teneis? Estais triste?
Arn. No es sin causa mi tristeza.
Ger. Qué ha sucedido?
Arn. Me quitan
á Alexandro.
Ger. Hablais de veras?
Qué causa tienen?
Arn. La ignoro,
mas sé que en la casa está

disgusto á todos.
Ger. Qué quieren?
Consistirá en que desean
tener en su casa pícaros
ó necios.
Arn. Como no encuentran
faltas que en verdad me culpen,
buscan rodeos y vueltas
para causarme disgusto.
Ah, quánto mas en mi idea
exâmino lo que pasa,
encuentro mas claras señas
del fin que tendrá todo esto.
Ger. Si castigaros intentan,
se engañan.
Arn. Sí: mi conducta
de toda nota está exênta.
No me pueden castigar,
pero el pecho me atraviesan.
Ger. Pero en fin, qué ha sucedido?
Arn. Con imperio, y con las muestras
de un desprecio decidido
en este instante me niegan
una súplica muy justa.
La causa de esta respuesta
es risible, no me ultraja,
mas los pasos de la guerra
que me hacen, me son notorios.
Desde que á la casa ésta
llegué, conocí que todos
me aborrecen, sin que sepa
ni el motivo, ni quién es
quien ésta intriga fomenta.
Ya sabeis que hay otro ayo
en casa, cuyas ideas
se dexan bien conocer.
Este es un sábio de aquella
especie que por desgracia
abunda tanto en la tierra.
Preciosos ayos, que miran
como obligacion primera,
pensar poco en el discípulo,
y hacer sin la mas pequeña
repugnancia su fortuna.
Solo cuidan de que tenga
su discípulo un barniz
que á algunos deslumbrar pueda,
y se dedican del todo
á la mas vil y grosera
adulacion. No tan solo
elogian y lisongean
á los dueños de la casa
sino á la familia entera.
Tan viles y despreciables
que á veces hasta la perra
que disfruta los cariños
de la señora, vé muestras
de esta adulacion servil.
Yo no sé si quizás sea
que me aborrezca Roberto,
ó que mi conducta pierda
comparada con la suya,
y que en mi lugar intentan
colocar otro sugeto
que á Roberto se parezca,
lo cierto es que no hay instante
en que señales no vea
del ódio con que me tratan.
Aun los criados que entran
en mi quarto, pretestando
van á servirme, se esmeran
en causarme sentimientos.
Ger. Y teneis tanta paciencia
que no dexais al instante
una casa tan perversa?
Diciendo ántes á Teodora,
y de modo que lo entienda:
señora, hombres como yo
jamás en la casa vuestra
deben estar. Id, buscad
hombres que... En fin, salgo de ella
y no volvereis á verme.
Esto es lo que yo dixera
sin cortarme.
Arn. Pero el niño,
el niño.
Ger. Nunca creyera
que hubiese madres tan crueles.
Arn. Alexandro de por fuerza
padecerá.
Ger. Pobre niño!
Arn. El solo causa mi pena.
Ger. Teodora no oye las voces,
ni de la naturaleza

ni de la amistad. Quereis
que la diga con franqueza
dos palabras á mi modo?

Arn. Qué la direis?

Ger. Esa es buena!
señora mia, vuestro hijo
no necesita en la tierra
sino un buen ayo, un buen ayo,
favor que no se dispensa
á todos. Si vos le amais,
quizás con mayor terneza
le ama Arnaldo, y Alexandro
le corresponde... Si oyera
Teodora lo que este niño
dixo hace poco.

Arn. Qué era?

Ger. Amigo mio: mi ayo
está malo... Ved que apénas
lo pronunció quando ya
echo á llorar... Será fuerza
que yo me vaya... No puedo
sufrir una tan completa
injusticia, y si yo hablase,
quizás fuese de manera
que empeorase el asunto.
Gente viene, quando sea
ocasion volveré á veros. *vase.*

Arn. Sí, con efecto, Lucrecia
viene aquí. Procuraré
ver á Teodora, no sea
que mi silencio esta vez
como desayre parezca.

ESCENA III.

Dicho, Lucrecia, y luego Roberto.

Arn. Podré ver á vuestra ama?

Luc. Ahora mismo vendrá ella
á esta sala; pero creo
que no es ocasion aquesta
de que la hableis, pues la ocupa
un negocio que interesa
mucho mas de lo que vos
podais decirla.

Sale Roberto

Rob. Se acerca
la hora de la funcion,
y Juanito solo espera
el punto de presentarse
á su tia.

Luc. La impaciencia
manifiesta su cariño:
traedle pues con la certeza
que será bien escuchada,
tanto la pequeña arenga
que diga, como su autor.

Rob. Sin embargo, no quisiera
fuese indiscreto su zelo.
Alexandro es bien que sea
el primero que este dia
se presente. La etiqueta
pide que el señor Arnaldo
tenga en semejante fiesta
el primer lugar.

Arn. Yo?

Rob. Sí.

Arn. Pero hacedme la fineza
de decir de qué funcion
se trata.

Rob. Causa extrañeza
que lo pregunteis, sabiendo
que este dia se celebran
los felices cumpleaños
de Teodora: á cuya fiesta
tendreis ya muy prevenido
á Alexandro.

Arn. Ni siquiera
le hablé de ello una palabra.
Mis cuidados no se emplean
en adornar una accion
que es sencilla por sí mesma,
ni jamás me mezclo en cosa
en que la naturaleza
es suficiente.

Rob. Con todo,
el árbol de mas belleza
necesita de cultivo.
No negareis que esta fiesta
nos proporciona á los dos
manifestar quáles sean
nuestros esmeros en punto
de educacion, y dar pruebas
de que cuidamos de todo.

Vuestro discípulo es fuerza
que venga bien advertido.
Arn. Repito que ni siquiera
le hablé de ello.
Rob. Hablais de chanza?
Es imposible que crea
lo que decis.
Lucrec. Pues creedlo.
Nunca el señor se chancea.
Rob. Quándo Alexandro olvidase
que este dia se celebra
de su madre el cumpleaños?
Arn. Perded cuidado: él se acuerda
de su madre á cada instante,
y si olvidarla pudiera
yo no lo consentiria.
Rob. Eso es distinto: fué cierta
mi esperanza, desde luego
que ayudó la musa vuestra
á la de Alexandro.
Arn. No;
pues ignoro yo que él tenga
la habilidad de hacer versos.
Rob. Es una costumbre esa
tan recibida....
Arn. Es verdad,
mas todos es bien que sepan,
que Alexandro es solo un niño
incapaz de las bellezas
ni artificio de los versos.
Manifestar sus ideas
con sencillez es no mas
lo que sabe: ni pudiera
en su edad ser otra cosa.
Rob. Sin embargo, la eloqüencia
del maestro debe adornar
esa ingenuidad sincera
de los niños.
Arn. La verdad,
quanto mas simple se muestra,
tanto mas bella parece.
Rob. Me respondeis con dureza,
quando yo tan solo trato
de lisonjearos? Qué idéa
es la vuestra?
Arn. Demostrar,
que inutilmente se empeña
vuestra atencion en honrarme.
Rob. Es desairar mis finezas?
Arn. Por ver que no las merezco
quiero dispensaros de ellas.
Rob. Advertir que ese carácter
solo el desprecio os grangea.
Arn. A veces ese desprecio
suele valer mas que aquellas
atenciones que se logran
sin motivo.
Rob. Pero advierta
vuestra atencion....
Luc. Concluid
esa disputa tan necia.
Rob. Primero debo explicarme.
Arnaldo, aunque mi franqueza
iguala á ese disimulo,
no se opone á que yo sepa
educar á mi discípulo.
El no aprenderá en mi escuela
lo que en la vuestra Alexandro;
con todo, sacará de ella
las nociones suficientes
para que en el mundo sepa
vivir con todos los hombres,
y sin tener la apariencia
de un sabio, saberlo ser.
Arn. No me opongo á esa risueña
esperanza que formais
de Juanito, y porque vea
su ayo, quán injustamente
se enoja, voy con franqueza
á decir mi parecer.
El saldrá de vuestra escuela
libre de aquellas virtudes,
que como duras y austéras
aborrece, y con razon,
la sociedad que no aprecia
sino lo superficial.
Eso que llaman firmeza
de carácter, es el dote
de los hombres que entre peñas
pasan su vida. Juanito
solo tendrá en recompensa
un orgullo inaguantable.
Despreciará sin reserva
á los de clase inferior;

y será con la mas bella
voluntad, un vil esclavo
del fausto y de la opulencia.
No apreciará aquellos rasgos
sublimes que manifiestan
un verdadero talento;
pero dirá bagatelas
que pasarán como gracias.
No tendrá minguna fuerza,
ningun vigor en su alma,
pero serán sus ideas
brillantes y encantadoras.
Elogiará quando sepa
que se ha de granjear elogios.
Tendrá perfidia y cautela,
será mal intencionado;
pero tendrá la apariencia
de jóven de buen humor.
En fin, segun vuestras reglas,
Juan será un hombre perfecto.
Ya mirais quán lisongera
es la pintura que os hago,
y que con causa pequeña
os habeis incomodado.
Yo me ausento porque tenga
fin esta conversacion. *vase.*

ESCENA IV.

Lucrecia y Roberto.

Rob. Se dará tal insolencia!
Lucrec. Y quién ha dado ocasion
á que hable tantas simplezas
sino vos? *Rob.* Pero.... *Luc.* Callad.
Preciso es tener reserva
para nuestros enemigos.
No se les hace la guerra
sino en secreto. Jamas
disputas ni controversias
en público. Siempre vence
quien mas disimula. *Rob.* Es esa
una máxima excelente.
Lucrec. Ya mirais que la violencia
de vuestro genio esta vez
os perjudicó...Se acerca
Teodora. Traed al punto
á Juanito. *vase Roberto.*

ESCENA V.

Teodora y Lucrecia.

Lucrec. Estais compuesta
tan pronto! Y qué bella estais!
Vaya, qualquiera que os vea
dirá que cumplis veinte años.
Teod. Hablas de veras, Lucrecia?
Lucrec. Os juro que pareceis
una Diosa: qué viveza
de color! qué ojos tan negros!
Teod. Acabo de hacer la prueba
del agua que tú has compuesto.
Lucrec. Ya no me admiro que tenga
tanto brillo vuestro rostro.
Si mi agua es estupenda.

ESCENA VI.

Dichas y Alexandro.

Alex. Mamá mia, buenos dias.
Pensando en vos y en la fiesta
de este dia, sin dormir
me llevé la noche entera.
Mirad aquí el ramillete
que os traigo.
Teod. Me lisongea *le abraza, y toma*
tu cariño, amado hijo. *el ramillete.*
Lucrec. Vaya, veamos las bellas
flores que tanto han costado.
Alex. Qué tienes que decir de ellas?
No son bonitas? *Lucrec.* Y mucho!
No soy yo tan indiscreta
que no las aplauda. *Alex.* Juzgo
que os burlais... Mamá, esta yerba
no es hermosa? Entre la nieve
es la única que se encuentra.
Quando aquella se derrite,
al punto se manifiesta
anunciando la venida
de la hermosa primavera.
Mamá, no es verdad que es
bonita? *Teod.* Sí, mas quisiera
que no hicieses la locura
de madrugar á cogerla
en tiempo de tanto frio.
Alex. Debí por mi mano mesma
cortarla. *Lucrec.* Juanito viene.

Observad qué gentileza:
se me figura un Cupido:
sentaos, y escuchad la arenga.

ESCENA VII.

Dichos, Roberto, y Juan con un ramo de flores de mano.

Rob. La accion desembarazada,
aparte á él quando entra.
y la voz sonora... empieza.

Juan se llega, y con la mayor afectacion dice:

Juan. Para que pueda tan dichoso dia
mi pecho celebrar, como es debido,
quiso la musa mia
que una fábula sea
la que de sus deseos dé una idea.
Viendo la bella rosa
que sus tiernos capullos la rodeaban,
y que por mas hermosa
las flores por su reyna la aclamaban,
la tierra despreció, quiso orgullosa
al olimpo elevarse,
y en el pecho de Venus colocarse.
Allí veré, decía,
las gracias bulliciosas,
los juegos, y las risas que á porfia
en mil festivos coros juguetean,
y á la que es madre del amor rodean.
Ven, Cinta, continuó, forma tus lazos,
y ciñe bien mi vástago florido,
porque sea conducido
con suerte venturosa
al dulce pecho de la mas hermosa.
Muda de tono, recitando del modo mas patético.
Si el amor mis proyectos patrocina,
no tardará la aurora peregrina
en enviar al zéfiro mi hermano,
que inspirará en el pecho soberano
de la admirable diosa que venero,
los sentimientos de mi amor sincero.
Muda de tono.
Ved estas bellas flores,
que explican de mi fábula el sentido,
quanto decir en ella yo he podido
el pecho me ha inspirado,
y mi zelo será recompensado,
si Venus mi holocausto recibiese,
y á mis votos benigna respondiese.

Lucrec. Viva, viva.

Juan. Me parece *ap. á Roberto.*
que lo he dicho bien. *Teod.* Lucrecia,
qué maestro tan admirable!

Lucrec. No cabe en edad tan tierna
mayor talento. *Teod.* Alexandro,
cómo, di, no te averguenzas
al ver lo que hace tu primo?
Cerca de un año le llevas,
y no haces tanto como él.

Lucrec. Ah! Señora, esa advertencia
no se debe dirigir
al niño. Si él estuviera
bien dirigido, sería
mucho mas hábil por fuerza.
Dexémos esto, y veamos
los premios que en recompensa
vais á distribuir.

Dá á Teodora un pañuelo, en el que habrá lo que dicen los versos.

Teod. Juanito,
una fábula muy bella
has recitado, y así
nada mejor ser pudiera
tu premio que este librito,
que las fábulas encierra
del célebre La-Fontaine;
tómale para que leas
y te diviertas. *Teod.* Miradle
con cuidado: qué perfecta
enquadernacion! que pasta!
filetes de oro!... De veras
qué es un tesoro el tal libro.

Juan. Mil gracias tia.

Teod. Ven, llega, *á Alexandro.*
hijo mio, que aunque estoy
contigo algo descontenta,
tambien quiero regalarte.
Tú me obsequiaste con yervas,
y yo te pago con dulce,
que sin duda es mas fineza.

El recibe con algun disgusto, y Juan manifiesta su envidia.

Lucrec. Vamos, id á divertiros.
se los lleva de la mano.

ESCENA VIII.
Teodora y Roberto.

Teod. Vuestra fábula es tan bella
y tan fina, que no acierto
á elogiarla aunque quisiera.
Rob. Vuestra aprobacion, señora,
mi amor propio lisongea.
Teod. A pesar del sagaz velo
no he podido ser tan necia
que no entendiese el sentido.
Rob. Señora.... *Teod.* Y aunque no sea
yo Venus, tambien deseo
que la aurora á mi presencia
traiga al zéfiro. *Rob.* Conozco
que penetrasteis mi idea.
Teod. La fábula, y el estado
de ignorancia en que se encuentra
un hijo á quien tanto quiero,
me deciden á que vea
como cosa necesaria
apartarle de la escuela
de un pedagogo ignorante.
Rob. Nada que añadir me queda
á una observacion tan justa.
Teod. Propusisteis que admitiera
á vuestro hermano. Yo fio
en su talento, experiencia
y luces.... *Rob.* Antes de un mes
conocereis quán diversa
es la instruccion de Alexandro.
Con qué gracia se presenta
en la sociedad; en fin,
pasar plaza no quisiera
de ridículo, elogiando
á mi hermano. *Teod.* Si sus prendas
lo merecen, el elogio
es justicia. *Rob.* Estad bien cierta,
que á no ser así, jamas
á elogiarle me atreviera.
Yo soy muy escrupuloso
en semejantes materias.
Teod. Solo un punto me detiene.
Rob. Quál?
Teod. Su edad... Dixisteis que era...
Rob. Treinta años aun no cumplidos.
Teod. Y añadisteis de presencia
gallarda. *Rob.* No exâgeré
su retrato. *Teod.* Tales prendas
son siempre muy buen anuncio.
Con todo, un jóven que apénas
tiene treinta años, y es
tan galan, consigo lleva
ciertos peligros... Hablando
con libertad y franqueza,
temo dar á mi hijo un ayo
inconstante en sus ideas,
frívolo, superficial!
Rob. Señora, la suerte adversa
convierte en anciano al jóven.
Aunque indiscrecion parezca
revelaros sus secretos,
no debo callar en esta
ocasion. Mi hermano amó,
pero amó con mas viveza,
con mas constancia que se ama
comunmente. La belleza
á quien entregó su pecho,
sin la causa mas pequeña,
le hizo traicion: él entónces,
enojado de tan negra
perfidia, juró no amar,
y entregándose á las ciencias
ha cumplido su palabra;
y no mudará de idea,
á no ser por un sugeto
que su corazon merezca.
Ah! no podeis figuraros
las desgracias y las penas
que padeció de resultas
de aquel lance. *Teod.* Me interesa
su estado. Infelice jóven!
Rob. Este rasgo manifiesta
su carácter: no dudeis,
que aunque tiene la viveza
de la juventud, su alma
ha adquirido la experiencia
de la edad mas abanzada.
Pues las desgracias enseñan
mucho mejor que los años.
Teod. Bien decís: en esa escuela
se forma el hombre.

ESCENA IX.

Dichos, y Cárlos.

Carl. Teodora,
un asunto que interesa
muchísimo me ha obligado
á venir. Te pido audiencia
á solas por un momento.
Despues de la conferencia
marcho al instante.
Roberto se vá, Cárlos lo nota, y dice.
......Te fuiste?
tanto mejor. *Teod.* A qué esperas?
qué negocio es?... *Carl.* Dí, conoces
á Arnaldo?
Teod. Cómo! es bien nueva
la pregunta. Le conozco,
es un hombre que aparenta
profunda sabiduría,
y que prefiere las selvas
á la corte: es un salvaje,
y en fin....
Carl. Charla lo que quieras,
que eso no me prueba nada,
y es necesario que vuelva
á mi pregunta. Conoces
á Arnaldo? *Teod.* Ya me molesta
la pregunta. *Carl.* Dí, conoces
su alma, sus bellas ideas,
sus principios, su carácter,
sus virtudes? solo piensa
lo que dice, y nunca escribe
sino lo mismo que intenta
practicar. No le conoces,
Teodora, eres una bestia.
Teod. Cárlos....
Carl. Escúchame, y calla.
Ahora está la mar serena,
pero si se arma borrasca,
y me haces recoger velas,
ya verás lo que soy yo.
Mira bien si tienes quexa
de Arnaldo, porque no sigue
tus pasos, y no te obsequia
con baxas adulaciones.
Pero loca, considera,
que ese hombre no está en tu casa
por tí, para que lo sepas,
sino por tu hijo, á quien amo.
Enfádate lo que quieras,
pero la cosa es así.
Teod. Con qué tienes la imprudencia
de insultarme? *Carl.* Poco á poco.
Ahora la nave se encuentra
sobre la ancla. Mas si sale
á alta mar, decir pudiera
otras cosas mas picantes.
Por exemplo, dí, en qué piensas?
Cómo gobiernas tu casa?
No sabes que no hay en ella
un criado que no copie
tus locuras, y no quiera
desairar al pobre Arnaldo?
No te mueres de vergüenza
de haber dado tal exemplo?
Quiéres tú seguir las huellas
de los padres ignorantes,
que tratan sin conseqüencia,
y qual si fuese un lacayo
al hombre á quien encomiendan
la educacion de sus hijos?
Al hombre que desempeña
esta ocupacion sagrada,
que ellos por sí no supieran
cumplir, y que por lo mismo
merece la recompensa
mayor? Arnaldo, señora,
quando á vuestro hijo enseña
merece el mismo respeto
que su padre mereciera.
Despreciar á un hombre así
es la mayor insolencia
que puede darse: un escándalo
insufrible. Vengan, vengan
á mi vista tus criados,
que por las ventanas esas
los arrojaré á la calle.
Hay quadrilla mas completa
de tunantes?.... Voto va!
Teod. Cárlos, qué voces son esas,
qué amenazas? *se levanta.*
Carl. Oye. *Teod.* No,
tu extraordinaria demencia
me obliga á huir á mi quarto. *vase.*

Carl. Ola, te vas? Pues no creas
que evitarás la batalla.
Sufrirás aunque no quieras
el abordage.... sí...

ESCENA X.

Dicho, y Alexandro.

Cárlos va á entrar al quarto de su hermana, y el niño le detiene.

Alex. Tio...
Carl. Déxame, no me entretengas
que estoy de prisa. *Alex.* Tambien
yo lo estoy... decid qué era
aquello que me ofrecisteis?
Carl. Ya hablarémos quando vuelva.
Alex. No señor, decidlo ahora.
Estoy con tanta impaciencia
por saberlo. *Carl.* El bribonzuelo
no querrá soltar la presa,
sino se lo digo. *Alex.* Vamos,
decidme qué cosa era?
Carl. Pues suéltame. Es un caballo.
Alex. Cómo? Un caballo de veras?
Carl. Sí, un caballo muy hermoso.
Alex. Y vivo? No de madera?
Carl. Vivo, que galopeará,
y correrá quanto quieras.
Alex. Qué galopeará! hay qué gusto!
patatra.... patatra....
corre imitando al caballo.
Carl. Miéntras se queda
entretenido me marcho. *vase.*

ESCENA XI.

Alexandro y Juanito.

Juan. Por qué das tales carreras?
qué tienes? *Alex.* Ay primo mio,
qué felicidad, si vieras?
Me regalan un caballo,
pero un caballo de veras:
hermoso animal! *Juan.* Y es eso
por lo que tanto te alegras?
Sabes montar á caballo?
Alex. Ya he dado muchas carreras
por el campo. *Juan.* Y no te caes?
Alex. Qué me he de caer? simpleza.
Y sin parar he tirado
una pistola...., Pun. *Juan.* Piensa
en que una pistola mata.
No tenias miedo siquiera?
Alex Yo miedo? Al salir el tiro
nunca vuelvo la cabeza.
Yo miedo? Qué bobería.
Válgame Dios, quando tenga
mi caballo que contento!
Juan. Vaya, vaya, que te obsequian
grandemente. Ahora un caballo,
ántes dulces. *Alex.* Bagatela,
qué valen los dulces? *Juan.* Mucho.
Los comistes? *Alex.* Ni siquiera
he desenvuelto el papel.
Yo no sé por qué te quejas,
quando te diéron un libro.
Juan. Muy hermoso. *Alex.* Si quisieras
enseñármele. *Juan.* Sí: escucha.
Sin que ninguno lo sepa,
quieres cambiar. *Alex.* Por tu libro
mis dulces? Enhorabuena.
Juan. Pero que no hables palabra,
porque luego... *Alex.* Bien: no temas,
toma mis dulces, y dame *lo hacen*
el libro. *Juan.* En la faltriquera
guárdatele en el instante.
Alex. Bien está.
Juan. Es que no quisiera
que me llamasen goloso.
Alex. Yo haré que nadie le vea.
Vanse Juan mirando sus dulces, y Alexandro guardando su libro, que deberá estar envuelto en un papel escrito.

ACTO III.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Lucrecia sola.

Lucrec. La tristeza de Teodora
comienza á darme cuidado.

Guarda silencio conmigo
quando siempre me ha franqueado
su corazon. Qué será?
si acaso el señor Arnaldo
se quexó á su protector,
y éste á su hermana, habrá hablado
con su acostumbrado tono?
Como esto sea, no es malo,
pues si el fin ha de lograrse,
considero necesario
un rompimiento formal
entre los dos. Será acaso
esta tristeza que noto
solamente un resultado
de la última conferencia
entre mi ama y su hermano!
O si la naturaleza
acaso se habrá explicado
en su corazon, y teme
que salga de casa Arnaldo,
conociendo que es tan útil
para educar á Alexandro?
No, esto no será. Tambien
yo adelanto demasiado.
Nunca á la naturaleza
escuchó Teodora. Acaso
todo esto dimanará
de lo que está batallando
su imaginacion. Es fácil
que el jóven que para Ayo
la han propuesto, él vé que llega
el momento de hablar claro,
y hacer frente á su familia:
ese inexôrable hermano
á quien teme: aquel amante
que tambien está esperando
el bien que aguarda, el recelo
de que no puede lograrlo
sino con oposicion.
Con todo, esto tiene harto
para estar de mal humor.
Ya juzgo que he adivinado
el secreto... mas quién viene?

ESCENA II.

Dicha y Roberto

Rob. Lucrecia?
Lucrec. Qué es eso? *Rob.* Estamos
perdidos.
Lucrec. Pues qué sucede?
Rob. Una desgracia. *Lucrec.* Veamos
quál es, hablad. *Rob.* Que la carta
que yo escribia á mi hermano
se me ha perdido.
Lucrec. Ay Dios mio!
Rob. Me tiene desesperado
este accidente. Qué haremos?
Lucrec. No precipitarse. Vamos
por puntos: dónde pusisteis
esa carta? *Rob.* La he dexado
sobre mi mesa metida
dentro de mi cartapacio
donde pongo mis papeles.
Quién de allí la habrá quitado?...
Si lo supiera... *Luc.* Dexemos
amenazas, y atendamos
á exâminar el asunto.
Mirasteis por vuestra mano
todos los papeles? *Rob.* Sí:
uno por uno he tocado
todos quantos hay; ya veis
que me importa demasiado
para no mirarlos bien.
No lo dudeis la han quitado.
Luc. Quién ha subido, despues
que la dexasteis, al quarto?
Rob. Nadie, sino estando yo
delante, pues siempre guardo
la llave. *Luc.* Miradlo bien.
Rob. Ya lo tengo bien mirado.
A no ser que sea Juanito,
ninguno del cartapacio
pudo sacarla. *Lucrec.* Creeis
que él sea? *Rob.* Si otro no hallo
en quien sospechar.
Lucrec. Id pronto
á buscarle. *Rob.* Voy volando.
Lucrec. Pero no: aguardad un poco,
si es verdad que está culpado
huirá de vos: mejor es

que le llame algun criado.

Toca la campanilla y sale un criado.

Serenaos miéntras viene,
y juntos le exâminaremos.

Sale el criado.

Lucrec. Llamad al niño, Juanito.

Vase el criado.

Quanto mas estoy pensando
en el lance, ménos veo
con qué fin habrá tomado
esa carta. *Rob.* Con el fin
de enredar. El es un diablo
que no dexa cosa á vida.
Rompe y desordena quanto
halla á tiro. *Lucrec.* Y suponiendo
que él sea quien la ha quitado,
que puede haber hecho de ella?

Rob. Yo no sé: la habrá enseñado
á quien le haya dado gana.

Lucrec. Sabeis si despues ha estado
en el quarto de su tia?

Rob. No lo sé.... Qué estais pensando?

Lucrec. Muchas cosas, y ninguna
favorable.... Siento pasos,
y es Juanito. Pues sabeis
el hecho, hacedle los cargos
por vos mismo.

ESCENA III.

Dichos y Juanito. Roberto le coge de la mano con aspereza. El niño manifiesta en toda la escena malicia y disimulo.

Rob. Ven acá.
Es este el fruto que saco
de mis sábias instrucciones?
Faltas á lo que he mandado
tantas veces....

Juan. Pues yo qué hice?

Rob. No te he advertido, malvado,
que jamas á mis papeles
llegues? *Juan.* Pues sino he llegado
á ellos. *Rob.* A mentir te atreves
con semejante descaro
en mi presencia? *Juan.* No miento.

Rob. Yo te hubiera perdonado
que quitases el papel:
pero mentir.... *Juan.* No he quitado
ningun papel: no señor.

Rob. Cómo, bribon! No has sacado
del cartapacio una carta?

Juan. Es mentira. *Rob.* Descarado,
ya verás...

Le amenaza, y él corre á ponerse detras de Lucrecia.

Juan. Si me cascais,
llamo á mi tia. *Rob.* Malvado,
aguarda. *Juan.* Ti....

Lucrec. Perdonadle.
Vaya que habeis olvidado
que nos recitó su fabula
como un ángel. Es extraño
castigar á un niño que hace
estas cosas. *Juan.* No: si acaso
viene á pegarme, á mordiscos
le acribillaré las manos.

Lucrec. Calla querido y escucha.
Lo que ha enojado á tu Ayo
es que mientas de esa suerte.
Sabemos que tu has tomado
el papel, porque yo ví
como tú del cartapacio
le sacabas. Esto no es
una gran falta. Veamos
cómo logras tu perdon
ingenuamente contando
la verdad. Mira, si lo haces
ahora mesmo te regalo
esta caxa de pastillas.

La saca de la cómoda.

Vamos amiguito, vamos,
habla la verdad. Roberto,
ahora vereis quán en vano
le sospechais embustero.

Rob. Ven aca, bribon, dí, quándo
le quitaste?

Lucrec. Qué pregunta!
Quándo? Tenia en la mano
el relox para saberlo?
Esta mañana temprano
ha sido... No es la verdad?

Juan hace seña con la cabeza de que sí.

Lucrec. Veis como lo va contando?

Y dime, el papel estaba
en latin? *Juan.* No sé.
Lucrec. Es extraño
no le leyeses. Yo sé
que eres curioso, y mirando
un papel... *Juan.* No le leí.
Luc. Bien: lo creo. *Rob.* Pero vamos,
qué hiciste de ese papel,
acaso le has enseñado?
Juan. A nadie. *Lucrec.* A tu tia?
Juan. No.
Lucrec. Te quiero dar un abrazo
por la noticia. Qué hiciste
del papel?... Habla.
Juan. Hize... un barco.
Lucrec. Un barco? Me alegro mucho,
eso seria pensando
divertirte. *Juan.* Si señora.
Lucrec. Muy bien. Y á donde has dexado
tu barco. *Juan.* Le eché á nadar
en el estanque. *Lucrec.* Y acaso
tu primo te acompañó?
Juan. No señora... pero el barco
se caló y se undió.
Lucrec. Muy bien.
No sabes ese naufragio *ap.*
del peligro que nos libra.
Y dime, lo que has contado
es la verdad? *Juan.* Si señora.
Lucrec. Roberto, ya veis probado
que el niño no es embustero,
por lo mismo le regalo
las pastillas, y os suplico
no conteis lo que ha pasado
á nadie: ni aun á su tia:
estais? *Rob.* Yo por agradaros
callaré... mas merecia...
Lucrec. Nada, nada, ya quedamos
amigos. Juanito vete
á jugar; pero cuidado
que tú has de callar tambien
este lance, pues si acaso
se supiese te dirian
que eres un niño muy malo,
enredador, revoltoso.
Juan. Yo callaré, no hay cuidado.
Lucrec. Vaya, pues, vete á jugar.
Juan. Cáspita! si yo he contado *ap.*
que en su carta envolví el libro,
que con mi primo he trocado,
buena zurra me aguardaba.
Me alegro haberlo callado.
Vase haciendo gestos á su ayo.
Lucrec. Vaya, baxad al instante
al jardin, y procurando
que nadie os vea, sacad
en el momento ese barco.
Rob. Voy hacerlo. *vase.*

ESCENA IV.

Lucrecia sola.

Lucrec. Por lo ménos
ya salimos del cuidado.
El niño dixo verdad,
á nadie le habrá enseñado;
gracias á Dios que al papel
dió este destino: sepamos
que el plan mejor dirigido,
mas fino y mas combinado
puede el menor accidente
frustrarle. Pues á qué aguardo?
Es preciso despacharse,
y poner la última mano
en el asunto. La suerte
nos favorece: sepamos
prevenir sus muchas vueltas
el momento aprovechando.
Vuelve la cara, y ve venir á Teodora muy pensativa: ella se retira diciendo á media voz.
Teodora viene: dexemos
que hable primero, y sigamos
segun el tono en que empieze.

ESCENA V.

Dicha y Teodora.

Teod. Los que mas hubiera amado
son precisamente aquellos
á quienes temo. Que estado
tan infeliz es el mio!
solo me consuela el llanto.
Lucrec. Mas si hablará de Roberto *ap.*

y de mí. *Teod.* Hombre tirano...
Luc. Por su hermano habla. *ap.*
Teod. Qué modo
tan violento é inhumano
de mostrar el interes
que por mí toma. *Lucrec.* Salgamos
á descifrar el enigma
de una vez... Estais llorando, *sale á*
Señora? Qué teneis? *la escena.*
Teod. Penas.
Lucrec. Vencerlas es necesario,
y no entregarse al dolor.
Vuestras quexas he escuchado
desde esa pieza, y no quise
interumpiros pensando
gustariais de estar sola.
Pero me he determinado
á salir, por si mi zelo
puede aliviaros en algo.

ESCENA VI.

Dichas y Roberto.

Lucrec. Retiraos, que está triste, *ap.*
y vuestra presencia acaso *á él.*
la incomodará. *Rob.* Sabed
que el estanque he registrado,
pero está el agua tan turbia
que nada se ve. *Lucrec.* Templaos,
y disimulad, que yo
voy á dar la última mano
al asunto. *Rob.* Qué imprudente
fuí! *vase.*

ESCENA VII.

Dichas ménos Roberto.

Lucrec. Vaya, dexad el llanto,
y busquemos el consuelo.
Yo bien sé que vuestro hermano
tendrá la culpa de todo,
y que en favor de su ahijado
os hablaria del modo
que suele: él habrá excitado
esa pena. No es verdad?
Teod. Es cierto, Carlos me ha hablado.
Mis mayores enemigos
jamas hubieran osado
decirme lo que él me dixo;
la paciencia me ha faltado
para escucharle. Con todo,
á pesar de este quebranto
otro mayor me atormenta.
Ah! por experiencia hallo
que me cercan unas penas
en que nunca habia pensado.
Lucrec. Sino fuera indiscrecion
preguntar.... No sea acaso
imaginario ese mal.
Teod. No amiga, no: demasiado
cierto es. *Lucrec.* Yo no os entiendo,
será que está amenazado
vuestro caudal de sufrir
alguna pérdida.
Teodora con una sonrisa que Lucrecia da muestras de conocer.
Teod. Oh, quanto
te apartas de la verdad.
No, mi caudal está en salvo.
Otra pena es. *Lucrec.* Acabemos,
hago mal en preguntarlo
quando lo puedo saber.
Teod. Cómo, Lucrecia? *con viveza.*
Lucrec. Formando
con los naypes aquel juego,
aquel de que ya os he hablado
otras veces. Ya vereis
que no hay secreto ni arcano
que no descubra la suerte.
Teod. Bien: forma el juego. Veamos
si es verdad lo que me anuncias.
Lucrecia llega la mesa, saca la baraja. Teodora se sienta enfrente manifestando su sorpresa ó sus esperanzas segun el sentido de los versos.
Lucrec. No lo ha de ser? En mi mano
está el libro de secretos,
contemplad que es necesario
saber de un modo ó de otro
lo que nos prepara el hado.
Si es malo para poderlo
evitar, y si al contrario,
nos aguarda buena suerte,
la gozamos de antemano
estando seguros de ella.

Como el tiempo va pasando,
y vemos llegar la dicha;
mas la vamos disfrutando,
de modo, que la esperanza
es igual en este caso
á la posesion. Creed
que este juego no ha fallado
ni una sola vez siquiera.
Ved la baraja en mi mano,
soplad sobre ella, Señora. *ella lo hace.*
Muy bien: pero habeis soplado
con entera voluntad?

Teod. Sí por cierto.

Lucrec. Pues bien: vamos
á comenzar... Pobre tonta, *ap.*
vas a ser en este caso
víctima de tu ignorancia.
Jamas hubiera pensado
que hubiese muger tan crédula.

Teod. Qué dices? Qué estás hablando
entre dientes? *Lucrec.* Son palabras
que si las dixesen alto
de nada sirviera el juego.
Y que no miento. *ap.*

Teod. Ya aguardo
con impaciencia que empieces.

Lucrecia baraja los naypes con todas las ridículas ceremonias que usan los charlatanes. Los coloca en semicírculo, y encorvándolos suelta algunos de ellos sobre la mesa segun dicen los versos.

Lucrec. Poco á poco. Es necesario
no ir de prisa en este juego,
pues si estando barajando
los naypes se me cayesen,
era el anuncio mas malo
que se podia esperar.
Alzad, pero con la mano
izquierda. *Teod.* Ya está.

Lucrec. Reuno
la baraja. Ved qué palo
elegis, bastos ó copas. *Teod.* Copas.

Lucrec. Lo habeis acertado,
pues las copas son felices,
y muy funestos los bastos.
Qué carta quereis que sea
la que sirva á declararos
el pensamiento? *Teod.* La sota
de copas. *Lucrec.* Se me ha escapado
de la mano por sí misma.

Teod. Qué decis?

Lucrec. Ya estais mirando
que la suerte os favorece.
Animo pues, y atendamos
á las cartas que la siguen.

Teod. El tres de espadas, el quatro
de copas..... ahora el as de oros.

Lucrecia se pára, y dice como con gran interes mirando las cartas que han salido.

Lucrec. No recibisteis recado
ni aviso? *Teod.* No.

Lucrec. Ni tampoco
un papel os enseñáron
que dixese... *Teod.* No por cierto,
de ningun papel me hablaron.

Lucrec. Vaya, no ha visto la carta *ap.*
de Roberto, y ha contado
la pura verdad Juanito.

Teod. Qué hablas?

Lucrec. Estoy estudiando
lo que me dicen las cartas.
Voy á unirlas en mi mano,
y á leer precisamente
lo que vos estais pensando.

Va juntando las cartas de tres en tres, y diciendo.

Lucrec. Vendrá un hombre á vuestra casa,
que será jóven gallardo,
aunque pobre y perseguido
por la suerte...... Meditando
estais en él noche y dia,
pues temiendo el arriesgaros
á hacer alguna imprudencia,
vuestra alma esta batallando
entre si es bueno admitirle...

Teod. Lucrecia, qué estás hablando?
Es un sueño! *Lucrec.* Solo digo
aquello que voy mirando
en las cartas. *Teod.* En las cartas
lo ves..?

Lucrec. Del modo mas claro.

Teod. Y ese hombre vendrá á mi casa?

Lucrec. Mirad aquí el seis de bastos
que indica feliz viage.
Teod. Puedes decir quántos años
tiene ese jóven? *Lucrec.* Al punto,
porque nada es reservado
á este juego. Quatro y tres
son siete; el ocho y el quatro
doce.... uno y diez once... Tendrá
como treinta años escasos.
Teod. Treinta años!
Lucrec. Aun no cumplidos.
Teod. Que admiracion! es un pasmo,
un asombro! *Lucrec.* Permitid
que continúe explicando
lo demas. Hay un sugeto
que está muy bien retratado
en el caballo de espadas,
hipócrita, necio y vano,
que se opone á la venida
de éste jóven, procurando
que entre los dos se interponga
una persona.
Teod. Es mi hermano *con viveza.*
esa persona. *Lucrec.* Seguro,
miradle aquí retratado
en el rey. El dos figura
vuestra casa; pero hallamos
que entre la sota de copas,
la que vos habeis nombrado
desde el principio, y la casa
se interpone este caballo,
y despues se sigue el rey;
por manera que notamos
que al caballo favorece
y ayuda este rey de bastos.
Pero junto á vos está
la sota de oros. *Teod.* Sepamos
qué significa. *Lucrec.* Una amiga,
cuyo zelo figurado
está en el oro. Esta es
la que puede aconsejaros
lo que debeis resolver.
*Teodora se levanta como fuera de sí,
y la abraza.*
Teod. Lucrecia, ven á mis brazos,
Tú eres esa amiga. *Lucrec.* Yo?
Teod. No lo dudes, has llegado
á descubrir los secretos
de mi alma. Será en vano
que te oculte cosa alguna.
Ese jóven de treinta años
no cumplidos es el mismo
que me han propuesto para ayo
de mi hijo: mas yo temo
la cólera de mi hermano,
y lo que todos dirán
de mi conducta, si acaso
traigo á mi casa ese jóven.
Su talento está probado,
su conducta irreprehensible;
pero es buen mozo, gallardo,
amable: ya ves, Lucrecia,
que dirán en este caso,
que para ayo de mi hijo
á casa un amante traigo,
un esposo.... Yo te juro,
que solo el bien de Alexandro
me interesa; pero al fin
debo mirar con despacio
mi opinion entre las gentes,
y así me ves batallando
con mil dudas. Dime tú
lo que he de hacer.
Lucrec. Yo no acabo
de admirarme. Digan luego
que en los naypes no encontramos
sino unas mudas figuras.
No es verdad que he adivinado
lo cierto? *Teod.* Al pie de la letra.
Lucrec. Pues ahora solo atendamos
á saber qué decision
será la vuestra. No os hablo
de Arnaldo, ni ménos quiero
nombrar ahora á vuestro hermano.
Esto es una bagatela.
Dad mil gracias á los hados
que os van á librar de un necio
y de un orgulloso. En quanto
á lo que el público diga
no debeis tener reparo.
Críticas sin fundamento
ellas se van disipando
por sí mismas. Y ese jóven,
aunque sea amable y gallardo

al fin á la casa vuestra
solo viene como ayo.

Teod. Yo tan solo pienso en él
baxo ese respeto. *Lucrec.* Vamos,
sea despues lo que fuere
nada importa. Si él, acaso
logra vuestra estimacion,
es justo debais privaros
de un amigo verdadero
por el temor insensato
de lo que hablarán los otros?
Si despues llega á explicaros
su pasion, si como esposa
os pretende, que hay de malo
en que le admitais? *Teod.* Lucrecia,
mucho te has adelantado.
Esas cosas me parece
que no las habrás mirado
en los naypes. *Lucrec.* Mas las miro
en vos misma. Qué apostamos
á que en viendoos ese jóven
al punto queda prendado,
no solo por la belleza,
que esa todo hombre sensato
la pospone á aquellas prendas
del alma que lucen tanto
en vuestro amable carácter.
No hay una accion, no hay un rasgo
que no os grangee el aprecio
de todos. El dulce encanto
de vuestra amabilidad.
Esa alegria, ese agrado
para todos, ese fondo
de sensibilidad.... Vamos,
no dudeis que apénas venga
á vuestro lado ese ayo
pasará á ser vuestro amante.

Teod. Quanto me estás anunciando
es un sueño, pero al ménos
es delicioso. Lo que hallo
de verdad es, que tú sola
con interes has mirado
mis asuntos.... Sé que me amas.

Lucrec. Ah, sí señora que os amo,
y por lo mismo es preciso
que en el proyecto entablado
os favorezca. En él solo
consiste podais libraros
de un pedanton que no instruye
á vuestro hijo Alexandro,
de un hermano que os maltrata
y pretende gobernaros...
En fin, señora, llegó
el instante deseado
de entablar en vuestra casa
una paz sólida, dando
á vuestro hijo un director
que le eduque con cuidado
y prudencia; de manera,
que sea luego un dechado
de jóvenes instruidos.
Me parece que he tocado
el punto principal. *Teod.* Sí.
La educacion de Alexandro
es lo primero en que pienso.
Todo lo demas que hablamos
son castillos en el ayre.

Lucrec. Oh, no señora! no tanto;
pero en fin tan solo el tiempo
lo dirá. Por ahora os hallo
decidida á resolver.
Es fuerza que salga Arnaldo
de casa hoy mismo.

Teod. Lucrecia,
hoy mismo? *Lucrec.* Quereis acaso
que se quede en casa?

Teod. No.

Lucrec. Pues siendo así, qué esperamos?
Mirad que es martes mañana,
y si en dia tan aciago
sale de casa, temed
resulten efectos malos
de su salida. *Teod.* Bien dices.
Que se vaya de contado.

Lucrec. Dos letras de buena tinta
bastarán para librarnos
de su presencia, yo voy
á escribirlas por mi mano.

Dice segun va escribiendo.

"Tengo razones muy poderosas para
»confiar á otro ayo la educacion de mi
»hijo, y así podreis retiraros á vuestra
»casa, viviendo seguro de que os esti-
»mo, como mereceis."

Venid á firmar señora,
y mostrad en este caso
que sois dueña de vos misma.
Por Dios que si nos dexamos
gobernar, siempre seremos
infelices *Teod.* Ya he firmado.
Lucrec. No estais ahora mas alegre?
Teod. Parece que me he librado
de un peso.... Dices muy bien.
Yo me humillo demasiado.
Lucrec. Y haceis por cierto muy mal.
Voy á llamar un criado
que lleve vuestro villete
al filósofo. Yo aguardo
que pronto se marchará,
y perderá vuestro hermano
las esperanzas. *Teod.* Dispon
lo que quieras: yo en mi quarto
te aguardo con las resultas.
Lucrec. Oh, no es tiempo de dexaros
sola! No dudeis señora
que volveré á acompañaros.
Teod. Mucho te lo estimaré. *vase.*
Lucrec. Ya está despedido Arnaldo,
y mi proyecto comienza
á cumplirse. En fin, triunfamos,
gracias á la necedad
de mi ama, que ha pensado
que lo mismo que sabia
iba en los naypes mirando.

ACTO IV.

El teatro figura una sala de la casa de Gerardo. A un lado una mesa, y sobre ella un par de pistolas. Arnaldo sentado, y apoyada la cabeza en la mano. Gerardo junto á el bastidor dice los primeros versos, y luego sale Tomasa.

ESCENA PRIMERA.

Arnaldo, Gerardo, Tomasa.

Ger. Tomasa, Tomasa, pronto.
Tom. (*Sale*) Allá voy. Jesus qué ruido,
parece que yo soy sorda,
pues sabed que no he tenido
ese defecto. *Ger.* Muy bien;
pero yo tengo ahora mismo
el defecto de traer
mucha gana, y es preciso
que nos dispongais la cena
para los dos. *Tom.* Qué capricho!
Nunca cenais. *Ger.* Pues ahora
quiero hacerlo.
Tom. Y no habeis dicho
palabra. *Ger.* Si llego ahora
cómo podia decirlo
ántes? *Tom.* Graciosa respuesta.
Pero el señor, vuestro amigo,
por qué no me lo advirtió,
y no estarse pensativo
y melancólico? Miren
á qué hora lo han advertido
sin tener en casa nada.
Ger. Vaya, vaya, pocos gritos,
y disponed qualquiera cosa;
con poco hay bastante. *Tom.* Lindo,
eso es decir que no valgo
para nada. *Ger.* Quién lo ha dicho?
Tom. Yo os presentaré una cena
mejor que pensais. Bonito
es mi genio para atarse
por nada. *vase.*
Ger. Me felicito
de que así sea: marchad.

ESCENA II.

Dichos ménos Tomasa.

Ger. Ya por fin querido amigo
estais en mi casa. En ella
espero sereis servido
como en la vuestra. Contad
enteramente conmigo,
y despreciad esas gentes
que acaban de despediros
de la suya. Qué ignorantes!
No saben que por vos mismo
podeis subsistir sin ellos.
Un sabio, un hombre tan digno
de estimacion, no se abate

á mendigar de los ricos
un pasagero favor.
Arn. Querido Gerardo, estimo
tanto esas buenas ofertas,
quanto la opinion que miro
teneis formada de mí.
Yo he bastado, amigo mio,
para vivir por mí solo.
No espero, no necesito
el favor de la opulencia,
ni siento lo que he perdido;
solo siento el paradero
de Alexandro. *Ger.* Sin motivo
os separan de su lado.
Quánto llorará este niño
vuestra salida! *Arn.* Temiendo
que sus llantos y suspiros
no me ofreciesen recursos
para burlar sus designios,
no me permitiéron verle
en toda la tarde. *Ger.* Impíos!
Qué tuviesen la crueldad
de negar hasta el alivio
de que os despidieseis de él?
Arn. No amigo, no han permitido
que le vea. *Ger.* Qué injusticia
tan exêcrable! Es preciso
que llore mucho Alexandro
quando sepa os ha perdido
para siempre. *Arn.* Le dirán
acaso que yo he salido
á hacer ciertas diligencias,
mas que volveré de fijo
mañana; luego mañana
tendrán tambien prevenido
otro engaño; y finalmente,
el que es dócil y sencillo
se dexará convencer.
Ger. Pobre inocente! Me admiro
cómo esas infames gentes
le llevan al precipicio
con tanta serenidad.
Arn. Oh, amigo, si huvieseis visto
qué baxezas, qué insolencias
en este dia he sufrido!
Los criados cuchicheaban
junto á mi quarto... el designio
se dexaba conocer.
Solo miraban sus tiros
á que yo saliese pronto:
ya sus fines se han cumplido.
Ger. Ah, qué gavilla de infames!
Tomad el consejo mio,
y olvidadlos para siempre.
Arn. Distingamos. No he querido
dar paso alguno guiado
á retardar el designio
que formáron. He juzgado
que respetar es debido
el derecho de una madre,
que imagina que ha sabido
lo que se hace, en despedirme,
y de su casa he salido
con dignidad. Mas no puedo,
no puedo, querido amigo,
olvidarme de Alexandro.
Ah, las prendas de este niño,
su corazon generoso,
me daban seguro indicio
de formar de él un gran hombre;
mas la ignorancia y el vicio
le corromperán. *Ger.* Teneis
por ventura algun advitrio
para volver á su lado?
Arn. Cárlos me queda. Le he escrito
miéntras vos estabais fuera.
No dudo que á favor mio
hable á su hermana. Siete años,
sí siete años consumidos
en educar á Alexandro
no han de tener tan indigno
premio. Volverá mi amado
á mis brazos? *Ger.* Imagino
que os degradais en pensar
de ese modo. Habiendo visto
que Teodora y sus criados
os maltratan, qué designio
es el vuestro en pretender
ir á su casa. Yo os digo
la verdad, mas si este lance
hubiese sido conmigo,
ántes perdiera la vida
que volver. *Arn.* No contradigo
vuestra opinion. Es muy justo

que uno mire por sí mismo
en ciertos casos. Conozco
que un insulto decidido
despierta nuestro amor propio,
y abraza con regocijo
el proyecto de venganza.
Pero yo quanto he sufrido
lo olvido en este momento.
Solo á Alexandro no olvido,
oygo una voz en mi pecho
que dice: *Salva este niño*
de la ruïna que le aguarda.
Ved aquí todo el principio
que me obliga á obrar. Desprecio
esos viles artificios
de una familia insolente.
Unos criados indignos
de estimacion, no merecen
ni aun mi enojo. Si exâmino
la conducta de su ama,
tan solo digna la miro
de compasion. El vengarme
de ella sería un delirio.
Castigaré en Alexandro
los errores y extravíos
de su necia madre? *Ger.* Bien,
mas yo pienso de distinto
modo. Digo con franqueza,
que mi genio es vengativo
como un perro. Por vengarme
de esa madre, hasta su hijo
sacrificára. Es verdad
que el niño queda perdido,
pero qué importa? Despues
mas cruel será el martirio
de Teodora; y sobre todo,
qué importa se pierda un niño,
y salga despues un hombre,
como tantos que hemos visto,
que prometian ser mucho,
y despues... *Arn.* Querido amigo,
qué decís? Cómo, qué importa
un niño?.. Qué, en este siglo
hay tantos hombres capaces
de tener el nombre digno
de hombre? Ah, son tan pocos!
Tan pocos, que es un delirio
no sentir el que se pierda
uno solo.

Le coge de la mano, y sigue con el mayor entusiasmo.

.... Si el destino
os arrojase á una isla
desierta, en cuyo recinto
no se encontrase una planta,
y acaso en vuestro bolsillo
por casualidad hallaseis
un solo grano de trigo,
qué esperanzas alhagüeñas
concibierais? Qué designios
tan vastos? En aquel punto
mirarais ya todo el sitio
lleno de abundantes mieses:
cabárais con regocijo
la tierra. Echárais en ella
aquel grano peregrino,
aquel tesoro bastante
á sustentar por sí mismo
á innumerables familias.
Con qué cuidado exquisito
prepararíais la tierra
atento á ver el principio
de salir el tierno vástago.
Iriais sin cesar al sitio
en que sembrasteis el grano.
Le limpiárais advertido
de quanto dañar pudiese;
en fin, ya le veis nacido:
el tiempo pasa, y la espiga
se madura. Amigo mio,
cada grano de ella es
un tesoro que ha nacido
de aquel grano. Ya teneis
en ese desierto trigo,
ya teneis vuestro alimento.
No olvideis que habeis debido
al grano que ántes hallasteis
tan singular beneficio.
Así crecia Alexandro
á ser en lo sucesivo
un hombre capáz de hacer
á muchos felices. *Ger.* Digo
que teneis mucha razon.

ESCENA III.

Dichos y Tomasa.

Tom. Ya todo está prevenido
en la pieza de comer,
y ya he enviado á Francisco
por los postres. Vaya, vamos,
que se enfria. *Ger.* Amigo mio,
hagan pausa las tristezas,
y cenad con apetito
y buen humor. *Arn.* No es posible,
pues siempre llevo conmigo *llaman.*
mis penas... Pero llamáron.
Tom. Marchad que será Francisco.
Ger. Otra vez llaman.
muchos campanillazos.
Tom. Por cierto
que traen priesa... Qué ruido!
Voy á ver quién es. *Ger.* Extraño
este alboroto... Qué miro!
Alexandro.

ESCENA IV.

Dichos y Alexandro que abraza á Arnaldo.

Alex. Arnaldo, en fin
os encontré. *Arn.* Amado hijo,
tú aquí?
Alex. Para no apartarme
jamás de vos. Me han salido
mis conjeturas. Si vieseis
quántas calles he corrido
para encontrar esta casa.
Arn. Ah, cómo con tu cariño
me recompensas! Mas, dime,
cómo es esto que has venido
solo? *Alex.* Como me he escapado
de casa. *Arn.* Y te has atrevido
á hacerlo? *Alex.* Pasé tres horas
sin veros; entretenido
de intento por los criados:
ya por fin de ellos me libro,
subo á buscaros, no os hallo,
pregunto, y ninguno miro
que me quiera responder
donde estais. Por fin, me dixo
Lucrecia que habiais marchado
por el caballo que el tio
me ofreció: no lo creí,
marché al quarto de Domingo,
aquel buen viejo que os quiere
con extremo, y por lo mismo
le aborrecen los demas.
Pues éste me dixo: niño,
tu ayo se fué para siempre;
eché á llorar al oirlo,
y aun todavía no creo *llora.*
que os veo...
Arn. Alexandro, hijo... *le abraza.*
Ger. Vaya, ya ves á tu ayo,
no llores: calla. *Tom.* No he visto
niño como él: quánto quiere
á su ayo. *Alex.* Habiendo oido
esta noticia, baxé
á ver á mi madre. *Arn.* Y qué hizo?
Alex. Decirme que no llorase.
Yo al instante me arrodillo,
la pido por vos. Y entónces
me riñó. Roberto dixo
que hacía muy mal en sentir
vuestra ausencia. Al punto mismo
conocí que sin remedio
os perdia, é imagino
que os habriais retirado
á casa de vuestro amigo.
Con esta idea me escapo,
y buscaros determino.
Sabía el nombre de la calle
y la casa; pero vino
la noche, y yo me perdí.
Pregunté; pero aturdido
no supe tomar las señas.
Tom. Por el barro del vestido
se puede juzgar lo que él
habrá andado.
Alex. En tal conflicto
me ocurrió una buena idea.
Yo sabia á punto fixo
que ésta calle cae al norte,
así saqué del bolsillo
mi brújula, y á la luz
de los faroles la miro
varias veces: con que ella

ha sido quien me ha traido
á esta casa. *Ger.* Abrázame,
Alexandro. *Tom.* Es un prodigio.
Alex. Ayo mio, qué teneis?
Parece estais afligido?
Arn. Oh, qué mezcla de alegría
y penas! *Alex.* Traigo conmigo
quantas alhajas yo tengo
para que podais serviros
de ellas. Vedlas aquí juntas.
Pone sobre la mesa el pañuelo en que las trae.
Ger. No os admirais de un cariño
semejante? *Arn.* No, Gerardo,
de todo esto no me admiro.
La naturaleza es buena
y quanto hace, por lo mismo
es excelente. Ahora pienso
en otra cosa. Vén hijo,
y escúchame.
Se sienta poniendo junto á sí al niño.
Alex. Qué mandais?
Arn. Sabes que somos amigos
los dos? *Alex.* Y bien que lo sé.
Arn. A la prueba me remito.
Alex. Y qué prueba?
Arn. Escúchame.
No sabes quánto he sentido
no verte: quánto he llorado;
y eso sabiendo de fixo
que tú estabas en tu casa
sin tener ningun peligro.
Juzga quanto llorará
tu madre, habiendo tú huido
de tu casa, é ignorando
donde estás. *Alex.* Que me he perdido
juzgará. *Arn.* Y tendrá razon.
Alex. Pues bien: vamos ahora mismo
á consolarla los dos.
Arn. No es posible que contigo
vaya. *Alex.* Pues señor, sin vos,
yo tampoco. *Arn.* Oye, querido.
Yo estimo mucho á mi madre,
y si estando yo contigo
en tu casa me dixesen
que mi madre habia creido
no verme nunca, y llorára
por mi ausencia; yo imagino
que tú al punto me dirias,
dexadme, querido amigo,
id al punto á vuestra casa,
consolad como buen hijo
á vuestra afligida madre.
Esto dirias de fixo:
y si otra cosa dixeses,
te juzgára mi enemigo,
pues me aconsejabas mal.
Mas yo tengo conocido
tu carácter: sé que no eres
capaz de dar tan indigno
consejo. *Alex.* Oh, no!
Arn. Sin embargo,
quieres me porte contigo
de este modo. Ya tú ves
que en esto propio me has dicho
que no crees que te amo.
Sí, Alexandro, y yo te afirmo
me causa mucho dolor
que no creas soy tu amigo.
Alex. Sí señor, sí que lo creo;
pero... *Ger.* No llores querido,
tu Ayo se está chanzeando.
Arn. Tomasa, pronto, ahora mismo
Aparte á ella.
haced que traigan un coche.
Tom. Bien cerca está de este sitio
la plazuela... Pero llaman,
sin duda será Francisco
que viene ya con los postres. *vase.*
Alex. Porque estais serio conmigo,
no me quereis ya?

ESCENA V.

Dichos y Tomasa precedida de un Escribano y Justicia.

Ger. Qué es esto?
La Justicia... qué designio
es el vuestro? *Esc.* Quién se llama
Arnaldo? *Arn.* Yo. *Esc.* Es este niño
Alexandro? *Alex.* Sí señor.
Esc. Que le lleven dos ministros
á su casa. Y vos, Arnaldo,
venios al punto conmigo.

Ger. Despacio: qué órden es esta?
Arn. No creo que dí motivo
para un proceder.... *Esc.* Pues qué,
no es suficiente delito
robar un niño, engañarle...
Oh, ya estamos instruidos
de todo.. Venid. *Arn.* Mirad
que no he sacado este niño
de su casa. *Alex.* Dice bien,
que yo á buscarle he venido.
Arn. Yo probaré que ignoraba
que tuviese tal designio.
Esc. Ese descargo dareis
en otra parte. Repito
que me sigais.
Alex. Aguardad. *con viveza.*
Dónde llevais á mi amigo:
dónde le llevais?
Esc. Chiton. *con desprecio.*
Ger. Si es á la cárcel, me obligo
á salir por fiador. *Alex.* A la cárcel?
Esc. Queridito,
callad vos. Vamos, Arnaldo.
Alex. No es posible consentirlo.
Vuelve la cabeza, vé las pistolas, coge una, y se pone entre su ayo y el Escribano, apuntando á éste: todo muy de priesa.
Alex. Señor, ó salid de aquí,
ú os mato.
Arn Alexandro! *Ger.* Niño!
Que está cargada. *se la quita.*
Alex. Y dexais
que se le lleven? *Ger.* Te digo
que todo se compondrá.
Arn. Señor Secretario, os pido
no hagais caso de esta accion:
es un inocente. *Esc.* Lindo.
Vaya que la criatura
gasta chanzas. *Arn.* Si instruido
estuvieseis del suceso
vierais que iba dirigido
por su corazon. Ahora
no conoce otro principio
que gobierne sus acciones
sino su pecho sencillo.
El sabe bien mi inocencia,
y disculparle es preciso.
Tambien lo es que yo obedezca
la órden; pero os suplico
me lleveis ántes de todo
á casa del Juez. *Esc.* Lo mismo
es lo que se me ha mandado.
Arn. Gerardo, vos de este sitio
no os aparteis, pues quizás
venga Cárlos. *Ger.* Os afirmo
que si no viene, yo iré
á buscarle. *Arn.* Amado hijo, *le abraz.*
á Dios. *Alex.* Pero volvereis?
Arn No sé quando. Amigo mio,
vé á consolar á tu madre,
y á Dios.
Los Ministros los separan, unos acompañan á Alexandro y otros con el Escribano siguen á Arnaldo.

ESCENA VI.

Gerardo y Tomasa: ésta habrá alumbrado á los demas, quedandose junto al bastidor: vuelve á poner la vela sobre la mesa diciendo.
Tom Señor, qué embolismo
es este? *Ger.* Dos mil demonios
que persiguen al mas digno
de estimacion. *Tom.* Yo temblaba
que os llevasen los Ministros
consigo.
Ger. Hablando verdad, *sonriéndose.*
yo tengo tanto delito
como Arnaldo. *Tom.* Qué decis
de lo que hizo Alexandrito?
Es un niño portentoso. *Ger.* Un ángel.
Tom. Cómo ha traido
todas sus alhajas. *Ger.* Sí,
devolverlas es preciso
á su madre. *Tom.* Qué serán
sus alhajas? Yo registro
el pañuelo. Un lapizero
de oro... su relox... un libro
en tafilete. *Ger.* Veamos
qué libro es. *Tom.* Es muy bonito.
Ger. Fábulas de La Fontaine,
y está en un papel escrito,

envuelto... pero qué veo,
firma Roberto... es preciso
leer este papel. *Tom.* Despues
le leereis. . Ved que está frio
el asado, y... *Ger.* Qué fortuna!
qué felicidad... Bendito
sea el Señor que lo ha dispuesto.
Corre á buscar su sombrero y baston.
Tom. Qué teneis? qué habeis leido
en ese papel? *Ger.* Mil cosas,
mil cosas. *vase precipitamente.*
Tom. Se volvió el juicio.
Vaya, que toda esta noche
es un puro laberinto.

ACTO V.

El teatro figura la misma sala que sirvió en los tres primeros actos.

ESCENA PRIMERA.

Teodora, Lucrecía y Roberto.

Luc. Vaya, debeis confesar
que yo adivino.
Teod. Es muy cierto,
siempre para complacerme
adivinas. Vos Roberto,
de quánto me habeis servido
en este lance. *Rob.* Hize aquello
que el corazon me dictó:
serviros y complaceros
es mi mayor interes.
Teod. Que Alexandro fué siguiendo
á su Ayo? *Rob.* En casa de Gerardo
los halláron juntos. *Luc.* Eso
se dexaba conocer.
Tiene un cariño tan ciego
á ese hombre... *Rob.* Cumplí el encargo
de buscarle, con el zelo
que es propio de mi carácter.
Contentísimo en extremo
por imitar vuestro amor
maternal. Pasé al momento
á casa del Magistrado,
pintándole por extenso
el lance como pasó,
y ponderando el efecto
de la diestra persuasion
de un Ayo, diestro por cierto
en engañar á un incauto
y dócil niño. Corriendo
fué un Escribano á la casa
que señalé, y me prometo
que vuelva pronto Alexandro
á vuestros brazos. *Luc.* Yo creo
que ha parado un coche. *vase.*
Rob. Sí,
el niño viene.

ESCENA II.

Teodora y Gerardo.

Teod. No puedo
explicaros el placer
que con su venida siento.
Rob. Ya se dexa conocer
fácilmente. Vuestro pecho
es en extremo sensible.
En vuestras acciones veo
un no sé que de mas puro,
de mas bello y mas perfecto
que en quantas damas conozco.
Los sublimes sentimientos
del amor materno, en vos
son naturales lo mesmo
que es natural á la rosa
el suave perfume. *Teod.* Aprecio
tan fina comparacion:
siempre hablais como discreto.

ESCENA III.

Dichos, Lucrecia, y Alexandro que corre á abrazar á su madre.

Luc. Ya viene aquí el desertor.
Alex. Sí, mamá mia: ya vuelvo,
no lloreis mas. Me juzgabais
perdido? *Teod.* Sí: mas no quiero
reñirte. Yo te perdono;
pero conoce tu yerro.
Irte de casa... *Alex.* Temí
que si daba parte de ello
me negaseis la licencia.

Teod. Era muy justo el hacerlo.
Alex. Pues siendo así no podia
volver á ver á mi Maestro,
á mi amigo. *Teod.* Ese cariño
con Arnaldo fué muy bueno,
quando yo juzgué oportuno
que fuese tu Ayo. Mas viendo
que le aparto de tu lado
debieras en el momento
olvidarle. Sí: conoce
que ni él te ama, ni quiero
que tú le estimes tampoco:
lo entiendes?
Alex. Qué estais diciendo?
Qué él no me estima? Es engaño.
Rob. Así faltais al respeto
á vuestra mamá. *Alex.* No tal:
la respeto y la venero,
mas quiero desengañarla,
y si yo callo me temo
que nadie la desengañe.
Mamá, yo en mi vida puedo
no ser amigo de Arnaldo,
ni él puede dexar de serlo
mio tampoco. Si vieseis
quánto los dos por no vernos
hemos llorado! Mamá,
tened piedad de mis ruegos,
haced que vuelva mi amigo
á vuestra casa.
Vá llorando á sentarse, y tapándose la cara con el pañuelo.
Luc. A lo ménos
le instruyó perfectamente
su Ayo. *Rob.* Se está conociendo
que repite la leccion
que le enseñáron. *Teod.* Yo creo
lo mismo, mas sin embargo...
Luc. Llorais?..qué bondad! *Rob.* En eso
demuestra quanto es sensible
su corazon. *Luc.* Yo recelo
no seais tan débil que...
Rob. Oh, no!
Vuestra ama tiene talento
y sabrá bien conocer
esta farsa. *Alex.* Mamá, es cierto
que consentiréis que vuelva
á casa? Si no podemos
vernos, vereis que morimos
de pena los dos. *Teod.* Silencio:
tu madre sabe muy bien
lo que ha de hacer. Sé discreto,
y obedece resignado
si amaste con tanto extremo
á ese Ayo: amarás lo mismo
á otro. *Alex.* No puede ser eso:
no quiero otro Ayo.
Con viveza y alzando la voz.
Luc. Que bien
hace el papel. *Rob.* Ese mesmo
grito manifiesta el todo
de la intriga. *Alex.* No, no quiero
otro Ayo. Arnaldo no mas
ha de ser siempre mi maestro.
Si vieseis quánto me quiere!
Ni aun el gusto mas pequeño
sabe negarme. Responde
á todo quanto deseo
saber, con una dulzura,
con un cariño... No puedo
querer jamás á otro Ayo
nunca, nunca. Vos, Roberto,
que teneis buen corazon,
pedid por él... yo os lo ruego.
Si os separasen de Juan
lo sentiriais? *Rob.* Es cierto,
y así... *Alex.* Lo hareis, no es verdad?
Haz tú Lucrecia lo mesmo:
pide á mamá que al instante
le envie á llamar: sea presto.
Está llorando por mí.
Solo quien fuese un perverso
no tendria compasion
de su dolor. *Luc.* Conteneos,
y no lloreis de ese modo.
Acordaos que habeis hecho
una falta muy notable
en huiros, exponiendo
á vuestra mamá á sentir
vuestra fuga. Esto es muy feo,
y merece con razon
que se dilate algun tiempo
daros gusto. Pasará
el enojo, y ya verémos

que se compongan las cosas.
Alex. Pero pedireis de cierto
por Arnaldo? *Luc.* Sí.
Alex. Quándo ¿ hoy,
hoy mismo? *Luc.* Si acaso encuentro
proporcion hoy será... Vamos,
os llevaré al quarto vuestro,
pero encargo la prudencia.
Alex. Yo haré quanto quieran.
Lucrecia se le lleva, y él vuelve sin cesar á mirar á su madre.
Luc. Presto,
vamos, que mamá se enfada
de veros llorar. *Alex.* Lo siento,
mas no puedo contenerme. *vanse.*

ESCENA IV.

Roberto y Teodora.

Rob. Señora, ved el efecto
de esta intriga: es necesario
que yo atropelle los riesgos,
y ceda á vuestro interes
mi amor propio. Bien comprehendo
que tratándose de ser
mi hermano quien venga al puesto
de Arnaldo, debo callar
hasta que vuestro precepto
me obligue á hablar. Sin embargo,
hallo, señora, que el riesgo
insta de veras, y así
es necesario el remedio.
Teod. Bien decís, muy necesario.
Rob. El bálsamo del consuelo
debe aplicarse á la herida
de ese inocentito pecho,
y ha de ser sin dilacion,
siendo preciso para ello
una mano que sea diestra,
un hombre de gran talento:
ó yo me engaño ó mi hermano
es el único sugeto
que vá á lograr el cariño
de Alexandro. Vereis presto
que él le sabe cautivar
con su cariño y su esmero
en distraerle. Ese niño
necesita en el momento
quien le disipe la idea
de Arnaldo.
Luc. Juzgo lo mesmo
que vos. Escribid al punto
á vuestro hermano. *Rob.* Yo espero
que no tardará en venir
á serviros. *Teod.* Y yo cuento
todas esas diligencias
como otros tantos consuelos
que dais á mi corazon.
Rob. Miéntras viene, no debemos
descuidarnos de que olvide
Alexandro á su maestro.
Pero esto lo hará Lucrecia
perfectamente, pues creo
que es muger de mucho juicio.
Teod. Es cierto tiene talento,
y se interesa en mis cosas.
Rob. Con la experiencia que tengo
del mundo jamás me engaño,
y aseguro que su zelo
me admira. Es una criada
que os quiere con el extremo
de amiga, y que por lo propio
es muy digna del aprecio
con que la mirais. *Teod.* La doy
mi confianza, y me puedo
lisonjear de hacerlo así.

ESCENA V.

Dichos y Lucrecia.

Luc. Vuestro hermano viene.
Teod. Siento
su visita inesperada.
Amigos mios, yo os ruego
no me abandoneis. Querrá
volverme á afligir de nuevo
con ásperas reprehensiones.
Luc. Dexad por Dios ese miedo,
y hacedle ver que sois dueña
de vuestra casa. Si un tiempo
mandó él, hicisteis mal.
Mandad vos, será bien hecho.
No temais tanto sus gritos,
son voces que lleva el viento:
si grita, gritad tambien,

y si quereis gritaremos
todos juntos: no hay cuidado.
Teod. Ayúdame, y vos Roberto,
sed á mi favor. *Rob.* Señora,
tan solo por complaceros
le haré ver vuestra razon.
Luc. Pues vaya, perded el miedo,
que somos tres contra uno.

ESCENA VI.

Dichos y Cárlos.

Carl. Hermana, yo vuelvo
al abordage, y presumo,
segun la gana con que entro
en la batalla, que ahora
echo á pique por entero
las naves contrarias. *Teod.* Cárlos,
sin que hables palabra entiendo
lo que me quieres decir;
pero ante todo te advierto,
que aunque te amo como hermano,
no debes ser indiscreto.
Cesa ya de aconsejarme,
pues ni sigo tus consejos
ni los escucho con gusto.
Yo sé qual es mi proyecto,
y sé que debo seguirle.
Carl. Caramba, amiga! te has hecho
fuerte. *Luc.* Pues aun tiene mucho
que decir. Hace ya tiempo
que mi ama sabe que sois
un censor el mas molesto
de sus acciones. Esto es
lo que decia ahora mesmo.
Carl. Eso decia mi hermana?
Rob. Con efecto, y atendiendo
que la escuela verdadera
de una madre de talento
es su propio corazon.
La naturaleza ha puesto
allí las reglas que debe
seguir, y agenos consejos
siempre son inoportunos,
y habrán de ser mas molestos
quando se dan sin pedirlos.
Carl. Teodora dixo todo eso?
Luc. Y mucho mas todavía.
Carl. Y mucho mas? *Luc.* Por exemplo,
que vos sois un buen marino,
y por lo mismo muy diestro
en las cosas de la mar,
mas que buscar un sugeto
para Ayo de su hijo,
es asunto muy diverso.
Carl. Ola, ola. *Rob.* Tambien dixo,
que si es absoluto dueño
de un Navío, el Capitan
debe ser por esto mesmo
cada uno dueño en su casa.
Carl. Y dixo mas? *Luc.* No me acuerdo.
Carl. Muy bien. Pues en ese mar,
y en ese navío mesmo,
Vá encolerizándose por grados.
ya que el furor de las olas
me arrojase hasta el infierno,
ó ya fuese que la calma
me obligase á estarme quieto
exerciendo la paciencia,
que es en casos como estos
el recurso de un marino.
Jamás juro por los cielos,
me acuerdo de haber tenido
tanta como la que tengo;
pero voto vá... el instante
que se me acabe... *Teod.* De nuevo
vuelves al tono que sueles,
yo darte lugar no quiero
á que acabes... me retiro
á mi quarto. *Carl.* Quedo, quedo,
que reviraré de bordo
si te vas á tu aposento.
Voy á probarte, que sé
vencer mi maldito genio,
y que te engañaste mucho
no conociendo el intento
de mi venida. Es verdad,
que á pesar de mis consejos,
Arnaldo fué despedido.
Tus razones para hacerlo
habrás tenido sin duda.
Mi sobrino está sintiendo
que le aparten de un Ayo
que le amaba con extremo,

y en quien tenia un amigo,
y al mismo tiempo un buen maestro.
Pero esto no importa nada,
el niño es un mocosuelo
de quien no se ha de hacer caso.
Tú eres madre de talento:
eres muger que calculas,
y fué excelente y muy bueno
todo lo que executaste.
Ya miras como lo apruebo
muy léjos de criticarlo.
Teod. Que te chanzeas comprehendo.
Carl. No tengo tal intencion,
ni he sido nunca chanzero.
Vamos ahora á lo que vine.
Sé que hay mugeres de ingenio
que saben adivinar,
y muchas, tú por exemplo,
las consultan en sus dudas.
Yo acabo en este momento
de tener un lancecillo,
y espero me des consejo.
Teod. Qué dices, hablas de veras?
Carl. Voy á contar por extenso
todo el lance. En una casa
que me interesa en extremo,
hay dos pícaros bribones
que habian formado el proyecto
de perder una familia,
que es respetable por cierto.
Solo deseo saber
si debo guardar silencio
en este asunto, ó tirar
por un balcon los sugetos
que tienen tan depravada
intencion. Vamos Roberto,
qué me aconsejais?
Rob. Yo?... *Carl.* Sí.
Rob. Por mi vida que no acierto
á responder. *Carl.* Di Lucrecia
lo que te parece *Luc.* Entiendo
yo muy poco de ese asunto.
Carl. A la verdad el remedio
es urgente, y por lo mismo
conviene partir de presto.
En mi vida yo me estoy
en inaccion, y comienzo
cruzando á un bribon la cara.
Luc. y Rob. Señor.
Cárlos alza el baston para dar á Roberto. Teodora le detiene.
Teod. Hermano...
Carl. Ah perversos!
Vosotros sois los que digo.
Teod. Cárlos, has perdido el seso?
Carl. La carta de este bribon
te declarará el suceso.
Rob. Mi carta, Lucrecia! *ap. los dos.*
Luc. Ay Dios!
Carl. Lee Teodora, el mas horrendo
artificio.
Lucrecia quiere quitar la carta.
Luc. No leais.
Carl. Si tienes atrevimiento
Amenazándola y apartándola.
de dar un paso, te rompo
la cabeza. Llegó el tiempo
de conocer vuestra intriga.
Ola, Arnaldo...
Teod. Cómo es esto?
Arnaldo está aquí?
Carl. Conmigo
ha venido.
Luc. Procuremos *ap. á Roberto.*
escapar á toda priesa.
Al entrar Arnaldo ellos huyen.

ESCENA VII.

Teodora, Cárlos, Arnaldo y Gerardo. Teodora manifestando su despecho se sienta en una silla, volviendo la espalda á la puerta.

Carl. Te sientas, eso es bien hecho;
pero has de leer esa carta
que le escribia Roberto
á su hermano. Mira en ella
Miéntras ella lee para sí.
á quanto llega el exceso
de la infamia. Amigos mios, *á los dos.*
ya hemos entrado en el puerto,
con que viva la alegría.
Gerardo, traed corriendo
á mi sobrino. *Ger.* Al instante. *vase.*

ESCENA VIII.

Dichos, ménos Gerardo.

Carl. Figuraos qué contento
será el suyo quando os vea.
Veneremos los decretos
de la sabia Providencia,
que por tan extraño medio
como es el forro de un libro,
nos puso de manifiesto
la trama de esos bribones,
y deshizo su proyecto.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y Gerardo trayendo de la mano á Alexandro.

Ger. No te engaño, aquí está Arnaldo,
mírale. *Alex.* Querido maestro?
Arn. Hijo mio!
Le abraza y permanecen abrazados. Teodora acaba de leer y exclama.
Teod. Ay Dios, qué horror!
qué perfidia! *Carl.* Compadezco
el chasco que te has llevado.
Abrázame y olvidemos
este lance. Quita allá
esa carta: si algun tiempo
viniesen aduladores
á tu casa, será bueno
que leas ese villete.
Vuelve con alegría á mirar á Alexandro.
Alexandro, estás contento?
Alex. Tio... Mamá.
Teod. Amado hijo. *abrazándole.*
Carl. Vaya, gracias á los cielos
que con tantas maniobras
no pudiéron los perversos
echar á pique mi nave.
Vuelve á mirar donde están, y no viéndolos dice:
A dónde están? Ola, huyéron
sin hablar palabra! Lindo
de bribones como ellos:
hasta la misma verguenza
es despreciable, yo os ruego,
amigos mios, que al punto
quanto ha pasado olvidemos.
Despues de la tempestad
mira alegre el Marinero
la bonanza, y se divierte
cantando; lo mismo harémos
nosotros, pues que vencimos.
Arnaldo, en amaneciendo
os volvereis á la aldea
con mi sobrino. Yo quiero
que echeis el áncora en ella.
Si Teodora en algun tiempo
quiere ver á su hijo... *Teod.* Aguarda:
desde este instante resuelvo
no apartarme de mi hijo
ni de su apreciable Maestro,
á quien pido que disculpe
mi proceder indiscreto.
Arn. Señora, me confundis.
Estad cierta que os respeto,
y me sacrificaré
por serviros. *Carl.* Yo lo creo,
porque es un hombre de bien.
Querida Teodora, apruebo
esa determinacion.
Alex. Mamá viene, qué contento.
Carl. Señores, es tarde: vamos
á cenar y descansemos
de la borrasca pasada.
En la mesa brindarémos
por nuestra felicidad,
y dormirémos contentos.

FIN.